

La visión intrínseca del Cuerpo

CONTENIDO

- 1.** La iglesia, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo, es el resultado de que Dios, en Su trinidad divina, se imparta en Su pueblo escogido y se transmita a ellos
- 2.** El nuevo hombre, creado por Cristo en Sí mismo y vivificado por Dios con Cristo como vida, es el poema de Dios, Su obra maestra
- 3.** La consumación del disfrute que los creyentes tienen de las inescrutables riquezas de Cristo y de la experiencia que tienen del Cristo ilimitado que hace Su hogar en el corazón de ellos, es toda la plenitud del Dios Triuno consumado
- 4.** La mezcla del Dios Triuno procesado con los creyentes regenerados y la edificación del Cuerpo de Cristo
- 5.** La unidad del Cuerpo
- 6.** La división daña la unidad del Cuerpo de Cristo

PREFACIO

Este libro se compone de mensajes que dio el hermano Witness Lee en Reston, Virginia, del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1991.

CAPITULO UNO
**LA IGLESIA, LA PLENITUD DE AQUEL
QUE TODO LO LLENA EN TODO,
ES EL RESULTADO DE QUE DIOS,
EN SU TRINIDAD DIVINA,
SE IMPARTA EN SU PUEBLO ESCOGIDO
Y SE TRANSMITA A ELLOS**

Lectura bíblica: Ef. 1:3-6, 7-12, 13-14, 18-23

BOSQUEJO

- I. El resultado de que Dios el Padre se imparta en nosotros:
 - A. Dios el Padre imparte Su naturaleza santa en Su pueblo escogido a fin de separarlos del mundo y santificarlos completamente para El—Ef. 1:4.
 - B. Dios el Padre imparte Su vida divina en Su pueblo predestinado para que ellos lleguen a ser Sus muchos hijos y lo expresen—v. 5.
 - C. Para alabanza de la gloria (expresión) de Su gracia—v. 6.

- II. El resultado de que Dios el Hijo imparta el elemento divino en aquellos que Dios el Padre escogió y predestinó:
 - A. En la redención efectuada por Su sangre—v. 7.
 - B. Para ponerlos en Cristo como su esfera y elemento a fin de que sean hechos la herencia de Dios, Su tesoro, al poseer el elemento divino de Cristo—vs. 8-12.
 - C. Para alabanza de la gloria (expresión) de Dios el Padre en los creyentes, quienes primeramente esperaban en Cristo—v. 12.

- III. El resultado de que Dios el Espíritu imparta la esencia divina en aquellos que son hechos la herencia de Dios, los que redimió Dios el Hijo:
 - A. Sella a los que conforman la herencia de Dios a fin de saturarlos con la esencia divina, como la impronta que los marca y como la imagen de Dios que lo expresa a Él.
 - B. Es las arras de Dios, la herencia del pueblo redimido, dándoles un sabor anticipado de Dios mismo que les garantiza el disfrute pleno de Él, hasta la redención de la posesión adquirida (la herencia redimida) —v. 14a.
 - C. Para alabanza de Su gloria (expresión) —v. 14b.

- IV. El resultado de que Dios, en Su trinidad divina, se transmita a Su pueblo escogido y redimido:
 - A. El gran poder para con los creyentes, que Dios hizo operar en Cristo:
 - 1. Resucitándole de los muertos.
 - 2. Sentándole a la diestra del Padre en los lugares celestiales, por encima de todo.
 - 3. Sometiendo todas las cosas bajo Sus pies.
 - 4. Dándole por Cabeza sobre todas las cosas.

- B. La transmisión infundida a la iglesia, el Cuerpo de Cristo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo—vs. 19-23.

Oración: Señor, te adoramos porque aún te mueves sobre la tierra. Te agradecemos que Tu mover está ocurriendo entre nosotros, en Tu recobro. Te recordamos que siempre que nos reunimos en Tu nombre, hay un oráculo dispuesto para que nos hables. Señor, nos abrimos a Ti. Ven, Señor Jesús. Háblanos. Queremos oírte y prestar atención a Tu palabra. Señor Jesús, no confiamos en nosotros mismos. Ponemos nuestra confianza en Ti, en Tu misericordia, en Tu bendición, en Tu presencia, en Tu unción y en que nos hables a cada uno de nosotros. Te consagramos y ofrecemos esta conferencia. Incluso esta noche te presentamos la reunión como holocausto. Señor, visítanos a cada uno de nosotros. Queremos que nos toques para que podamos experimentarte a Ti. Santifica los cuatro días de esta conferencia; santificanos completamente para Ti. No estamos aquí para promover nuestros intereses personales, sino para llevar adelante los Tuyos, especialmente en estos últimos días en que te mueves sobre la tierra para cumplir Tu palabra, Tu profecía y Tus promesas. Señor Jesús, nos entregamos por completo a Ti. Gánanos, poséenos, ocúpanos y úsanos. Señor Jesús, te agradecemos por Tu persona, por lo que Tú eres. Derrota a Tu enemigo. Lo acusamos delante de Ti. Acudimos al trono de Tu autoridad. Oh Señor Jesús, arrincona a Tu enemigo. Avanza más y más hasta que obtengas Tu propósito. Gracias Señor Jesús, en Tu nombre poderoso.

EL CUERPO DE CRISTO REVELADO EN EFESIOS

Podemos expresar la carga de estos mensajes respecto al Cuerpo de Cristo en las siguientes cuatro afirmaciones:

- 1) El Cuerpo de Cristo es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo—Ef. 1:23.
- 2) Cristo creó en Sí mismo de los dos, judíos y gentiles, un solo y nuevo hombre, quien es el poema de Dios, para que Dios mostrara las superabundantes riquezas de Su gracia para con nosotros en Cristo—Ef. 2:15, 10, 7.
- 3) Ser fortalecidos en el hombre interior para que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón, a fin de que seamos llenos hasta toda la plenitud de Dios—Ef. 3:16-17, 19.
- 4) Un Cuerpo, un Espíritu, un Señor, un Dios, una mezcla indivisible del Dios Triuno y los creyentes en Cristo—Ef. 4:4-6, 12-16.

La carga de esta conferencia se centra en el Cuerpo de Cristo. El libro de Efesios no sólo habla de la iglesia, sino que revela que ésta es el Cuerpo de Cristo. No hay ningún otro libro en el Nuevo Testamento como Efesios, que desarrolla de manera tan completa el Cuerpo de Cristo. Efesios 1 dice que la iglesia es el Cuerpo de Cristo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (vs. 22-23). El capítulo dos dice que Cristo creó de ambos, los creyentes judíos y gentiles, un solo y nuevo hombre, para reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo (vs. 15-16). ¡Qué misterio y qué evangelio es éste!

Aun nuestra reconciliación con Dios no es un asunto individual sino corporativo, ya que todos los creyentes han sido reconciliados con Dios en un solo Cuerpo. El capítulo tres afirma que en Cristo Jesús, tanto los gentiles salvos como los judíos salvos son miembros del mismo Cuerpo (v. 6), y que este Cuerpo es la plenitud de Dios (v. 19) para expresar de forma corporativa al Dios Triuno consumado. El capítulo cuatro menciona que hay un solo Cuerpo, un Espíritu, un Señor, un Dios y Padre (vs. 4-6), y que todos los santos deben ser perfeccionados para llevar a cabo la obra del ministerio del Nuevo Testamento, a fin de edificar el Cuerpo de Cristo (vs. 11-12). Este capítulo también dice que a partir de la Cabeza, Cristo, todo el Cuerpo crece mediante el crecimiento de los miembros para la edificación de sí mismo en amor por medio de la función de cada miembro (v. 16). Este es el Cuerpo de Cristo revelado en Efesios.

EL CUERPO ORGANICO DE CRISTO

Para recibir la revelación del Cuerpo de Cristo, nos convendría analizar nuestro propio cuerpo. Nuestro cuerpo físico no es una organización inerte, sino un organismo viviente. Por ejemplo, cuando hablo, todo mi cuerpo participa de manera viviente y orgánica. Del mismo modo, el Cuerpo de Cristo es un organismo, es algo vivo. Si no hay vida, no hay organismo. El Cuerpo de Cristo es orgánico; es algo que tiene que ver con la vida.

Ahora consideremos la vida con la cual está constituido el Cuerpo de Cristo. Según Génesis 1 y 2, en la creación de Dios existen cuatro niveles de vida. Primero vemos la vida vegetal, el nivel de vida más bajo (1:11-12); luego, sigue la vida animal (vs. 20-25). El tercer nivel de vida presente en Génesis es la vida humana (vs. 26-27), la cual no es la vida de Dios pero tiene Su semejanza. Como seres creados no tenemos la vida de Dios, ya que El no puso Su vida dentro del hombre cuando lo creó; no obstante, Dios nos creó con una vida semejante a la Suya. Esto es parecido a la fotografía de una persona: la foto en sí no posee la vida de esa persona, pero sí tiene su imagen. En cierto sentido, la fotografía de una persona es la persona misma, pero en otro sentido, no lo es. Debemos ver que en Génesis 1 Dios creó al hombre a Su imagen como una fotografía de Sí mismo. Pero Génesis también muestra una vida que es superior a la vida humana; éste es el cuarto nivel de vida, el más elevado, representado por el árbol de la vida (2:9), y dicha vida es la vida divina, la vida de Dios. Por lo tanto, Génesis 1 y 2 revelan la vida vegetal, la vida animal, la vida humana y la vida divina.

El Cuerpo de Cristo es una entidad orgánica; es algo de vida, pero ¿de qué vida se trata? Indudablemente el Cuerpo de Cristo no pertenece a la vida vegetal ni a la vida animal. ¿Pertenece entonces a la vida humana o a la vida divina? De hecho, la vida del Cuerpo de Cristo es una mezcla, o sea, es la mezcla de la vida de Dios y la del hombre. Vemos el modelo de esta vida mezclada en los cuatro Evangelios, los cuales narran cuatro biografías de una misma persona, Jesucristo, quien es tanto Dios como hombre. Ciertamente Jesucristo era Dios, pero también era un niño que nació en un pesebre. ¿Cómo pudo el Dios de los cielos, quien es majestuoso, grandioso, maravilloso y

glorioso, nacer en un pesebre? ¿Quién era aquel niño llamado Jesús que nació en un pesebre? El era un Dios-niño. El tenía huesos, carne y sangre; era un niño de verdad, pero también era Dios.

Jesús comenzó a ministrar a los treinta años de edad. Cuando las personas vieron las cosas que El hizo, se preguntaron que quién era. Algunos dijeron: “¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿Y no están aquí con nosotros Sus hermanas?” (Mr. 6:3). Entonces, ¿quién era El? No sólo era un hombre sino también Dios, o sea, era Dios y hombre. “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1). Este Verbo, que era Dios, se hizo carne (v. 14).

Dios se hizo carne hace aproximadamente dos mil años, es decir, cuatro mil años después de que Adán fue creado. Según la manera en que Dios cuenta el tiempo, esto sucedió hace sólo dos días, ya que para El mil años es como un día (2 P. 3:8). Por lo tanto, podemos decir que El se hizo carne anteayer. ¡El Dios eterno se hizo un hombre humilde, limitado por el tiempo! Jesús es el Dios completo y el hombre perfecto. El nombre *Jesús* significa Jehová el Salvador. ¿Quién es Jesús? El es Jehová el Salvador; el infinito Dios eterno quien llegó a ser nuestro Salvador. A fin de ser el Salvador de nosotros, los pecadores, era necesario que Jesús se hiciera hombre, con un cuerpo humano, para derramar Su sangre por nuestros pecados.

Ahora existe en el universo esta Persona maravillosa, quien es tanto Dios como hombre. Jesús es Dios y hombre. El vivió en la tierra por treinta y tres años y medio, luego fue voluntariamente a la cruz y murió por nosotros. Hebreos 9:14 indica que cuando El fue a la cruz para ofrecerse a Sí mismo a Dios, no lo hizo solo, pues el Espíritu Santo estaba con Él para fortalecerlo. El tercero de la Trinidad Divina fortaleció a Jesús para que se ofreciera a Sí mismo a Dios como sacrificio por nosotros. Además, mientras Jesús colgaba de la cruz, el Padre, el primero de la Trinidad Divina, estaba con Él. Su muerte no fue simplemente la muerte de un hombre, sino la muerte de Dios y hombre.

El Señor Jesús fue crucificado desde la hora tercera (Mr. 15:25) hasta la hora novena, o sea, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. El sufrió durante seis horas en la cruz. A las doce del mediodía, la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena (Mt. 27:45). Durante las primeras tres horas, de las nueve de la mañana hasta las doce del mediodía, Jesús fue perseguido por los hombres debido a que hizo la voluntad de Dios, y durante las últimas tres horas fue juzgado por Dios a fin de efectuar nuestra redención. En esas tres últimas horas, Dios lo consideró nuestro sustituto que sufrió por nuestro pecado (Is. 53:10). Las tinieblas cubrieron toda la tierra porque nuestro pecado, nuestros pecados y todo lo negativo estaban siendo juzgados allí. Incluso, Dios lo abandonó (Mt. 27:46) por causa de nuestro pecado. Dios puso sobre Cristo todo el pecado del mundo (Is. 53:6) y por nosotros lo hizo pecado (2 Co. 5:21). Jesús murió en la cruz bajo el juicio de Dios y allí clamó:

“Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). Dios lo abandonó por causa nuestra y por nuestros pecados; lo desamparó en la cruz porque Cristo tomó el lugar de los pecadores (1 P. 3:18), es decir, llevó nuestros pecados (2:24; Is. 53:6) y fue hecho pecado por causa de nosotros (2 Co. 5:21). En esas tres horas, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, Dios condenó a Jesús, lo juzgó y lo cortó de la tierra de los vivientes por causa nuestra.

Luego, Jesús fue sepultado, y después de tres días resucitó de la muerte. Cuando resucitó de entre los muertos, El no dejó de ser hombre. Es totalmente erróneo y herético decir que después de Su resurrección Cristo dejó de ser humano. Por la tarde del día en que resucitó, Jesús fue adonde se encontraban reunidos Sus discípulos, y estando las puertas cerradas, se apareció en medio de ellos y les dijo: “Paz a vosotros” (Lc. 24:36). Sus discípulos, atemorizados, pensaron que estaban viendo un fantasma (v. 37 y nota 1 de la Versión Recobro); luego les dijo: “Mirad Mis manos y Mis pies, que Yo mismo soy; palpadme, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que Yo tengo” (v. 39). Aún después de haber resucitado, Jesús siguió siendo un hombre con un cuerpo físico que se podía tocar.

Cuando se apareció en medio de Sus discípulos, no les habló mucho, sino que sopló en ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn. 20:22). El Espíritu Santo es el *pneuma* santo, el aliento santo. El Señor se infundió como aliento santo en los discípulos al soplar en ellos. El aliento de una persona es en realidad la persona misma. El Espíritu que fue impartido en los discípulos es el propio Cristo. En 1 Corintios 15:45 dice que el postrer Adán, Cristo, fue hecho Espíritu vivificante. Este Espíritu, el Espíritu de Jesús, es un Espíritu que posee humanidad. Nadie puede comprender plenamente este misterio divino.

Recientemente pregunté a un hermano de entre nosotros, quien es profesor de física en la Universidad de California en Berkeley, que si el Cristo que estaba de pie en medio de los discípulos el día de la resurrección era físico o espiritual. Me contestó que no sabía, lo cual indica que éste es un misterio que nadie puede entender. Aun hoy, el Cristo resucitado todavía posee la naturaleza humana; tanto en Su resurrección como en Su ascensión, Cristo es divino y humano. ¿No es esto maravilloso? El Espíritu vivificante de Cristo no es simplemente el Espíritu de Dios. Ahora El es el Espíritu compuesto, pues incluye la divinidad, la humanidad, la muerte maravillosa y todo-inclusiva de Cristo, y también Su resurrección poderosa. Este Espíritu consumado es la consumación del Dios Triuno.

Hoy cuando alguien cree en el Señor Jesús, recibe como vida eterna este Espíritu de vida consumado. La vida eterna es una mezcla de la vida divina y la vida humana. El Señor Jesús dijo que El es la vida eterna (Jn. 14:6a), y al creer en Él, le recibimos como el Espíritu vivificante todo-inclusivo. En El tenemos al Dios completo y al hombre perfecto. En El también participamos de Su muerte todo-inclusiva, la cual es una muerte preciosa que debemos amar y “besar”. La muerte de Cristo es diferente a la de

Adán, ya que la muerte de Adán es terrible, pero la de Cristo es maravillosa. Además, en Cristo también tenemos Su poderosa resurrección. Por lo tanto, en El poseemos al Dios completo, al hombre perfecto, la muerte todo-inclusiva y la resurrección poderosa, los cuales forman una unidad compuesta; y ésta es la vida que recibimos al creer en el Señor Jesús. El Nuevo Testamento revela esto claramente, pero pocos entienden que la vida eterna que recibieron es dicha vida mezclada. El Cuerpo de Cristo posee esta vida. Podemos hablar mucho acerca del Cuerpo de Cristo, pero me preocupa que no comprendamos que el Cuerpo está constituido de esta vida maravillosa. Es necesario que veamos esto.

Ahora debemos preguntarnos cómo es que tal vida puede entrar en nosotros. Para entenderlo, necesitamos leer el libro de Efesios. El primer capítulo de Efesios es un pasaje especial, escrito con destreza, que nos dice cómo esta vida maravillosa entró en nosotros. Posiblemente hemos leído Efesios 1 muchas veces sin haber visto esto. Por eso, en este capítulo Pablo oró para que Dios nos diera un espíritu de sabiduría y de revelación (v. 17) y abriera nuestros ojos, dándonos la habilidad de conocer las cosas misteriosas y maravillosas mencionadas en Efesios. Si leemos Efesios 1 sin un espíritu de sabiduría y de revelación, sin que nuestros ojos interiores sean abiertos, no percibiremos las cosas divinas. He orado mucho por todos nosotros desde el día que decidimos tener esta conferencia. Pedí que el Señor nos diera un espíritu de sabiduría y de revelación para ver Efesios 1. Este capítulo es una mina profunda, y quiero abrirla para mostrarles sus tesoros.

***EL CUERPO DE CRISTO ES EL RESULTADO
DE QUE DIOS, EN SU TRINIDAD DIVINA,
SE IMPARTA Y SE TRANSMITA A NOSOTROS***

El título de este primer capítulo declara que el Cuerpo de Cristo es producido al impartirse y transmitirse Dios en nosotros. Si queremos conocer el Cuerpo, debemos experimentar dicha impartición y transmisión. El Cuerpo de Cristo es el fruto o resultado de que Dios, en Su trinidad divina, se imparta y se transmita a nuestro ser. Cuando subí a esta plataforma para hablar, no di un salto, sino que subí tres escalones. Asimismo, Dios se imparte y se transmite a nosotros en Su trinidad divina mediante tres pasos o etapas.

Juan 3:16 es un versículo muy conocido, el cual dice que Dios amó al mundo de tal manera que nos dio a Su Hijo unigénito. A veces me he preguntado por qué este versículo no dice que Dios nos envió a Su Hijo Unigénito, sino que dice que nos lo dio. ¿De qué manera nos ha dado Dios a Su Hijo? No le fue posible dárnoslo de una manera sencilla, sino que nos lo dio en Su trinidad divina. Fue en Su trinidad divina —Padre, Hijo y Espíritu— que Dios se impartió en nosotros y nos transmitió todo lo que El es.

Dios se imparte y se transmite a Sí mismo en Su pueblo escogido. Nosotros no sólo somos personas creadas por Dios, sino que también hemos sido escogidos por El. Quizás no sintamos que hemos sido escogidos por Dios, pero Efesios 1:4 afirma que

Dios nos escogió antes de la fundación del mundo, y lo hizo para impartirse y transmitirse a Sí mismo en nosotros. Somos el pueblo divino que El escogió, la iglesia, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (vs. 22-23).

De hecho, necesitaríamos diez mensajes para transmitir la carga contenida en el título de este primer capítulo: “La iglesia, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo, es el resultado de que Dios, en Su trinidad divina, se imparta en Su pueblo escogido y se transmita a ellos”. Necesitaríamos muchos mensajes para desarrollar completamente este tema. Sin embargo, confiamos en que la carga del Señor será liberada en el corto tiempo que disponemos. Debemos recordar que Dios, en Su trinidad, se impartió en nuestro ser: primero en el Padre, luego en el Hijo y por último, en el Espíritu.

EL RESULTADO DE QUE DIOS EL PADRE SE IMPARTA EN NOSOTROS

La iglesia es el resultado de que Dios el Padre imparta Su naturaleza santa en Su pueblo escogido a fin de separarlos del mundo y santificarlos completamente para El. Efesios 1:4 dice que antes de la fundación del mundo, Dios nos escogió para que fuésemos santos, o sea, Dios nos escogió con la meta de hacernos santos. Los chinos tienen su propia opinión acerca de lo que significa ser santos; por ejemplo, según ellos Confucio era santo. Sin embargo, éste no es el concepto bíblico de lo que significa ser santo. La Biblia revela que en todo el universo sólo Dios es santo, y aparte de Él, todo es común e impío. Entonces ¿cómo podemos nosotros, que somos gente común, ser santos? ¿Cómo puede un americano común ser santo, si en todo el universo sólo Dios es santo? Usemos el oro como ejemplo. El oro representa la naturaleza divina de Dios. Nosotros somos como el hierro negro, pero el oro es dorado. ¿Cómo puede el hierro negro llegar a ser dorado? Dios puede hacernos santos sólo de una manera: impartiendo Su propio ser, particularmente Su naturaleza divina, en nosotros. A pesar de que somos un pedazo de hierro, el oro ha sido impartido y añadido a nuestro ser. Por lo tanto, somos “hierro dorado”.

Si yo le preguntara: “¿Es usted santo?”, probablemente no se atrevería a decir que sí debido a su condición; por lo tanto, debemos ver lo que significa ser santo. Sólo Dios es santo, así que ser santo significa tener a Dios en nosotros. ¿Tiene usted a Dios? Demos un ejemplo. Un hermano tiene a Dios en él, pero ¿por qué entonces aún discute con su esposa? Esto se debe a que todavía tiene mucho “hierro” y se olvida de que posee una pequeña cantidad de oro. A menudo nos olvidamos de que tenemos oro en nuestro ser.

¿Cómo puede Dios hacernos santos? Impartiéndonos Su naturaleza santa. Antes de que naciéramos, incluso antes de la fundación del mundo, Dios nos escogió para que fuésemos santos y se impartió en nosotros para ser nuestra naturaleza santa. Quizás no entendamos cómo Dios pudo impartir Su naturaleza santa en nosotros desde antes de la fundación del mundo. Para entender esto, me gustaría preguntarles: ¿Cuándo fuimos regenerados? En 1 Pedro 1:3 dice que Dios nos regeneró mediante la resurrección de Jesucristo; es decir, que fuimos regenerados cuando Cristo resucitó.

Así es como Dios ve el tiempo. Fuimos hechos santos desde antes de la fundación del mundo, pues fue en ese entonces que Dios se impartió como naturaleza santa en nosotros.

Dios el Padre también nos predestinó para que fuésemos Sus hijos (Ef. 1:5). ¿Cómo podemos nosotros ser Sus hijos? La única manera es que Dios se imparta como vida en nosotros. La iglesia es el fruto de que Dios el Padre imparta Su vida divina en Su pueblo predestinado, para que ellos sean Sus muchos hijos y lo expresen. Dios nos impartió Su vida divina, y de esa manera nacimos como hijos de Dios. Al escogernos, Dios nos impartió Su naturaleza santa, y al predestinarnos, nos impartió Su vida divina. Su naturaleza santa nos hace santos, y Su vida divina nos hace hijos de Dios. Dios nos predestinó para filiación con miras a que fuésemos para alabanza de la gloria de Su gracia, es decir, para la alabanza de Su expresión en gracia (v. 6).

¿Somos santos? Debemos decir sin temor que “sí”. ¿Somos hijos de Dios? Debemos decir “amén”. Decimos esto porque tenemos en nosotros la naturaleza santa de Dios y Su vida divina. Tal comprensión nos causa regocijo: somos santos y somos hijos de Dios, porque Dios el Padre se impartió en nosotros.

***EL RESULTADO DE QUE DIOS EL HIJO
IMPARTA EL ELEMENTO DIVINO EN AQUELLOS
QUE DIOS EL PADRE ESCOGIO Y PREDESTINO***

La iglesia es también el fruto de que Dios el Hijo imparta el elemento divino en aquellos que Dios el Padre escogió y predestinó (Ef. 1:7-12). Dios el Hijo nos redimió mediante Su sangre (v. 7). Si no hubiéramos estado bajo condenación, no habríamos tenido necesidad de ser redimidos. Antes de que fuéramos salvos estábamos en Adán, en el mundo, en el pecado y en la muerte. Pero Cristo vino y nos redimió, sacándonos de Adán, del mundo, del pecado y de la muerte, y nos puso en Sí mismo; así que, ahora estamos en El. En el Nuevo Testamento encontramos esta expresión maravillosa: *en El*. Todos debemos decir: “Aleluya *en El*”. Debemos entender dónde estamos en este mismo instante: estamos en Cristo, el segundo de la Trinidad Divina, el Hijo de Dios, quien es la corporificación del Padre. Hemos sido redimidos por El y ahora estamos en El.

¡Cuán maravilloso es que estemos en Cristo! Cristo ha llegado a ser nuestra esfera, nuestro reino y nuestro elemento. La vida y la naturaleza del Padre son la sustancia, y el elemento del Hijo es el contenido de esta vida y naturaleza divinas. En la naturaleza y vida humanas tenemos el elemento humano; asimismo, ya que poseemos la naturaleza divina y la vida divina, también tenemos el elemento divino. En dicho elemento y con él, Dios nos hizo una nueva creación (2 Co.5:17). Esta nueva creación es un tesoro precioso para Dios.

Hemos sido puestos en Cristo, quien ahora es nuestra esfera y elemento, a fin de que, poseyendo Su elemento divino, seamos hechos la herencia de Dios, un tesoro para Dios

(Ef. 1:8-11). Dicho tesoro llega a ser la herencia de Dios. Si aún estuviéramos en Adán, en el mundo, en el pecado y en la muerte, Dios no nos tomaría como Su herencia. ¿Cómo podríamos los pecadores llegar a ser la herencia de Dios? Únicamente al ser puestos en Cristo. En Cristo y con El fuimos hechos una nueva creación, y esta nueva creación es la posesión de Dios, es decir, Su herencia.

Dios nos valora como Su tesoro, pues a los ojos de El ya no somos pecadores, sino que ahora somos como un diamante. Dios nos valora en Cristo como Su posesión, Su herencia. En Cristo, Dios desea reunir todas las cosas creadas bajo una cabeza (v. 10). Hoy tenemos a Cristo y estamos en El. ¡Aleluya, somos uno! En el mundo no hay unidad. En la iglesia están representadas todas las razas, y aunque hay entre nosotros blancos, negros, amarillos, morenos y rojos, no obstante, todos somos uno en Cristo. En Cristo todos estamos reunidos bajo una sola cabeza. Debido a que Cristo nos redimió y nos puso en Sí mismo como elemento, El impartió Su propio elemento divino dentro de nuestro ser. Por lo tanto, no sólo tenemos la naturaleza divina y la vida divina, sino también el elemento de dicha vida y naturaleza; ésta es la impartición de Dios el Hijo, la segunda persona de la Trinidad Divina.

***EL RESULTADO DE QUE DIOS EL ESPIRITU
IMPARTA LA ESENCIA DIVINA EN AQUELLOS
QUE SON HECHOS LA HERENCIA DE DIOS EL PADRE, LOS QUE
REDIMIO DIOS EL HIJO***

La iglesia, el Cuerpo de Cristo, es el fruto de que Dios el Espíritu impartiera la esencia divina en aquellos que son hechos la herencia de Dios el Padre, los que redimió Dios el Hijo. Después de la redención efectuada por el Hijo, el Espíritu de Dios viene a sellarnos (Ef. 1:13). Si alguien compra un libro, lo sella para indicar que ese libro le pertenece. El sello tiene tinta, y cuando se estampa el sello sobre una hoja de papel, la tinta satura el papel y lo empapa. Saturar es un acto vertical, mientras que empapar, algo horizontal. Debido a que fuimos redimidos en Cristo, El es el elemento en el que fuimos hechos el tesoro de Dios, Su herencia, Su posesión. Debido a que somos la herencia de Dios, El puso Su Espíritu Santo en nosotros como un sello para marcarnos, indicando que le pertenecemos. Dios puso una marca sobre nosotros, y esta marca, este sello, es el Espíritu que nos sella, nos satura y nos empapa.

Mientras se ministra la palabra en las reuniones, el Espíritu que sella nos satura verticalmente y nos empapa horizontalmente para llenarnos del Dios que se nos imparte. Cuando un hermano regresa a casa después de asistir a una conferencia de fin de semana, sus parientes pueden percibir que hay algo diferente en él. La diferencia radica en que durante la conferencia él fue completamente empapado, saturado y sellado con el Espíritu. El sello produce una marca que indica propiedad, y además imprime su imagen sobre el objeto sellado. El sello del Espíritu causa que expresemos la imagen de Dios.

El Espíritu nos sella continuamente, saturándonos y empapándonos. De hecho, seremos sellados hasta la redención y transfiguración de nuestro cuerpo (1:14; 4:30). Hoy día el Espíritu nos sella interiormente y opera en nosotros tanto vertical como horizontalmente, con miras a transformarnos y transfigurarnos. Somos la herencia de Dios y, como tal, somos sellados a fin de ser saturados con la esencia divina, como la impronta que nos marca y como la imagen de Dios que lo expresa a Él.

Mientras el Espíritu que sella nos satura, permanece con nosotros como arras (1:14), las cuales garantizan que Dios será nuestra herencia. El Espíritu mismo es las arras de nuestra herencia y, como tal, es un anticipo de lo que vamos a heredar de Dios, dándonos un sabor anticipado de la herencia plena. Podemos saborear al Señor, quien mora en nosotros, y Su sabor es dulce, agradable y bueno (1 P. 2:3; Sal. 34:8); no obstante, esto es sólo un anticipo, pues la plenitud está por venir. Cuando disfrutamos el anticipo, nos damos cuenta de que éste nos garantiza que Dios será nuestro sabor pleno. El Espíritu, las arras de Dios, la herencia de Su pueblo redimido, les da a ellos un sabor anticipado de Él, garantizándoles el sabor pleno hasta la redención de la posesión adquirida, la herencia que Dios redimió. Esto ocurre para alabanza de la gloria de Dios, es decir, Su expresión (Ef. 1:14).

Hasta aquí, hemos visto que se nos ha impartido la naturaleza y la vida del Padre, el elemento del Hijo y la esencia del Espíritu. Ciertamente la esencia es más fina e intrínseca que el elemento. En la sustancia se encuentra el elemento, y en el elemento está la esencia. El Dios Triuno —como sustancia, elemento y esencia— se impartió en nosotros y continúa haciéndolo. Dicha impartición es Su dispensar.

En el cristianismo, muchos piensan que la Biblia enseña meramente lo que debemos y no debemos hacer, pero si éste fuera el caso, dichas enseñanzas serían iguales a las enseñanzas de Confucio. La salvación que Cristo efectúa no tiene como objetivo enseñarnos, sino impartirnos e infundirnos a Dios. Esta es la razón por la que debemos invocar el nombre del Señor cada mañana, diciendo: “Oh Señor Jesús”. Si algunos no lo han hecho, les animo a que lo practiquen de hoy en adelante. Lo primero que debemos hacer por la mañana es invocar, de tres a ocho veces, el nombre del Señor. Para no molestar a los demás temprano en la mañana, podemos invocar en voz baja: “Oh Señor Jesús”. Si practican esto, serán personas diferentes. Al invocar el nombre del Señor, recibirán un suministro fresco.

También podemos recibir el suministro divino orando dos o tres versículos de la Palabra cada mañana. Quizás leamos Juan 1:1 y oremos: “En el principio era el Verbo. Señor Jesús, Tú eras en el principio. Tú eres el Verbo”. Podemos orar-leer este versículo y otro más por unos diez minutos. Si lo hacemos, ciertamente seremos refrescados, pues recibiremos una nueva impartición divina.

Durante el día, siempre que nos sintamos cansados, debemos clamar: “Oh Señor Jesús”. La mayor parte de mi trabajo consiste en escribir y componer mientras estoy en mi escritorio. A menudo me canso. Pero cuando invoco por unos cuantos minutos, “Oh

Señor Jesús”, me siento refrescado. Esta es la manera de recibir al Dios Triuno, de recibir Su suministro, de recibir Su impartición y transmisión divinas.

La iglesia se produce por la impartición y transmisión divinas de la naturaleza y la vida de Dios el Padre, del elemento de Dios el Hijo, y de la esencia de Dios el Espíritu. Nada puede superar a esta triple impartición. Dicho suministro es superior a una mera enseñanza. Algunos dicen que soy un maestro que enseña la Biblia. Decir eso no está mal, pero no estoy satisfecho con ello. Deseo ser una persona que siempre suministre a otros una “dosis” divina, una inyección divina. Cuando ministro la palabra, procuro inyectar en las personas al Dios Triuno, lo cual es Su impartición y transmisión.

***EL RESULTADO DE QUE DIOS, EN SU TRINIDAD DIVINA,
SE TRANSMITA A SU PUEBLO ESCOGIDO Y REDIMIDO***

La sección final de Efesios 1 revela que la iglesia, el Cuerpo de Cristo, es el fruto de que Dios, en Su trinidad divina, se transmita a Su pueblo escogido y redimido (vs. 19-23). Pablo oró para que viéramos la transmisión de la supereminente grandeza del poder de Dios para con nosotros los creyentes. Este poder grandioso operó en Cristo resucitándole de los muertos, sentándole a la diestra del Padre por encima de todo, y sometiendo todas las cosas bajo Sus pies. Además, este poder estableció al Cristo resucitado y ascendido como Cabeza sobre todas las cosas. Este gran poder de Dios ahora opera en nosotros y sobre nosotros. Tal poder fue forjado en Cristo y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a fin de transmitir dicho poder a la iglesia, el Cuerpo de Cristo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Debemos darnos cuenta de que la vida y la naturaleza de Dios, el elemento de Cristo y la esencia del Espíritu han sido impartidas en nosotros. Además, el poder de Dios para con nosotros es sumamente grande (v. 19). Este poder es la transmisión divina que resucitó a Cristo de entre los muertos, lo elevó hasta los cielos, sometió todas las cosas bajo Sus pies y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas. Podemos comparar esta transmisión con la corriente eléctrica. Dicha corriente es la transmisión del poder eléctrico que proviene de la planta central.

Además de la impartición divina o suministro divino, existe dicha transmisión divina. La impartición de la vida y la naturaleza de Dios el Padre, del elemento de Dios el Hijo y de la esencia de Dios el Espíritu, es intrínseca y se efectúa en nosotros con el fin de obrar en nuestro ser. Pero la transmisión del poder divino se efectúa dentro y fuera de nosotros con el fin de fortalecernos. Recibimos una impartición triple, la cual nos fortalece interior e intrínsecamente, y también tenemos el poder divino que nos “electrifica” para fortalecernos. El Cuerpo de Cristo es el fruto de que el Dios Triuno se imparta en nuestro ser y también de que Dios se transmita a nosotros para fortalecernos por dentro y por fuera. Por consiguiente, disfrutamos la impartición triple y la transmisión plena. La iglesia es el fruto de la impartición del Dios Triuno y de la transmisión del Dios que fortalece.

CAPITULO DOS
EL NUEVO HOMBRE,
CREADO POR CRISTO EN SI MISMO
Y VIVIFICADO POR DIOS CON CRISTO
COMO VIDA,
ES EL POEMA DE DIOS, SU OBRA MAESTRA

Lectura bíblica: Ef. 2:14-22, 4-10

BOSQUEJO

- I. Creado por Cristo—Ef. 2:14-22:
 - A. En Sí mismo como la esfera y el elemento—v. 15.
 - B. Al dar muerte a la enemistad (el resultado de las diversas ordenanzas relacionadas con las maneras de vivir y adorar) mediante la cruz—v. 16b.
 - C. Pone a ambos (Israel y los gentiles) en un solo Cuerpo—v. 16a.
 - D. Para ser miembros de la familia de Dios y de Su reino—v. 19.
 - E. A fin de ser juntamente edificados para morada de Dios en el espíritu—vs. 20-22.
 - 1. Sobre el fundamento de los apóstoles y profetas—v. 20a.
 - 2. Cristo es la piedra del ángulo—v. 20b.
- II. Vivificado por Dios—vs. 4-10:
 - A. Orgánicamente, con Cristo como vida—vs. 5-6:
 - 1. Da vida a los miembros (los constituyentes) del nuevo hombre juntamente con Cristo—v. 5.
 - 2. Los resucita juntamente con Cristo—v. 6a.
 - 3. Los sienta juntamente con Cristo en los lugares celestiales—v. 6b.
 - B. Por gracia por medio de la fe—v. 8:
 - 1. Por gracia: al impartirse el Dios Triuno procesado en los creyentes.
 - 2. Por medio de la fe: al operar Cristo en los creyentes como la fe de ellos, la capacidad de dar sustantividad al favor divino que les fue otorgado en Cristo.
 - C. Para ser el poema de Dios, Su obra maestra—v. 10:
 - 1. Para mostrar la sabiduría en la gracia de Dios—cfr. v. 7; 3:10.
 - 2. Para que el nuevo hombre ande en las buenas obras que Dios preparó de antemano.
 - D. A fin de que Dios pueda mostrar en los siglos venideros las superabundantes riquezas de Su gracia para con los creyentes en Cristo—2:7.

Oración: Señor, te agradecemos que nos hayas traído otra vez para reunirnos en Tu nombre. Confiamos en Tu bendición. Anoche nos ayudaste de una manera; esta mañana te buscamos para recibir ayuda adicional, quizás de otra manera. Gracias Señor Jesús. Confiamos en Ti todo el tiempo. Te necesitábamos ayer, y esta mañana te necesitamos de nuevo. Te necesitamos en todo momento; permanece con nosotros. Muéstranos Tu presencia. Que seas tan querido y cercano a nosotros. Cada uno de nosotros necesita Tu presencia. Visítanos Señor; visítanos con Tu misericordia, gracia, bendición, luz, vida, fuerza y Tu poder. Gracias Señor Jesús. Tú eres la Cabeza y el Señor de todo. Eres la centralidad y la universalidad de Dios. Tú eres nuestro centro y nuestro todo. Confiamos en Ti para esta reunión. Amén.

LA REVELACION DEL CUERPO DE CRISTO CONTENIDA EN EFESIOS 1

Antes de que veamos la revelación del Cuerpo de Cristo contenida en Efesios 2, quisiera hablarles más de la revelación presentada en Efesios 1. He dado mensajes sobre el libro de Efesios en conferencias y entrenamientos, probablemente más de diez veces en diferentes lugares. Quizás pensemos que ya conocemos Efesios, y algunos pueden preguntarse por qué estamos estudiando este libro otra vez. Para explicarles, usaré el ejemplo de nuestro cuerpo físico: es fácil conocer los rasgos externos de nuestro cuerpo y su apariencia, pero es difícil conocer su composición intrínseca y su estructura. El campo de la medicina es muy complicado, debido a que el cuerpo humano encierra muchos aspectos misteriosos e intrínsecos. Es fácil proclamar que el Cuerpo de Cristo es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. Incluso un niño de segundo grado puede decirlo, pero ¿qué significa esto? No estoy tan seguro de que lo entendamos. Necesitamos ver intrínsecamente qué es el Cuerpo de Cristo. Tengo la carga de ayudarles a recibir una visión y un entendimiento intrínsecos del Cuerpo de Cristo.

La constitución intrínseca del Cuerpo de Cristo

Quisiera resumir lo que abarcamos en el capítulo anterior. Vimos que Dios el Padre se impartió en Su pueblo escogido y predestinado, y que dicha impartición tiene dos aspectos. Primero, Dios el Padre impartió, dispensó, Su naturaleza en nosotros. Sabemos esto porque Efesios 1:4 dice que Dios nos escogió en Cristo “antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos”. La frase *para que fuésemos santos* denota que Dios deseaba depositar Su naturaleza en nosotros; sin embargo, Dios no hizo esto de forma desordenada, sino a manera de siembra. Es decir, Dios sembró Su naturaleza santa en nuestro ser.

En el mensaje anterior señalamos que, en todo el universo, sólo Dios es santo. La santidad es Dios mismo. Entonces, ¿cómo podemos nosotros ser santos? La única manera es que Dios se siembre a Sí mismo en nosotros como una pequeña semilla. Cuando creímos en el Señor Jesús, Dios el Espíritu se sembró en nuestro ser como una

pequeña semilla. Esta semilla es orgánica y, como tal, crece y se agranda. Sucede lo mismo al experimentar a Dios como la semilla en nosotros; esta semilla divina gradualmente crece en nuestro interior hasta que santifica todo nuestro ser. Finalmente la naturaleza de Dios, como semilla, nos saturará completamente. Muy pocos cristianos han visto esto. Tal vez algunos han visto que Dios nos escogió para hacernos santos, pero no han visto que ser hechos santos implica que Dios se sembró a Sí mismo en nosotros como semilla de santidad. Esto es maravilloso.

Aunque Dios nos creó sin el elemento de santidad, El desea hacernos santos. Para hacernos santos, Dios tuvo que dar un paso adicional después de producir la vieja creación, el cual consistió en hacer la nueva creación partiendo de la vieja. Antes de ser salvo, yo era parte de la vieja creación, pues Dios aún no estaba en mí. Pero un día, a los diecinueve años de edad, me volví a Dios y abrí mi ser a Él. En ese momento Dios se sembró en mí como una pequeña semilla. La naturaleza santa de Dios entró en mí como una semilla, y esa semilla es orgánica.

Quisiera dar un testimonio acerca del crecimiento de la naturaleza santa de Dios en nosotros. Cuando era joven, me gustaba jugar fútbol. Pocos años después de haber sido salvo, estaba jugando fútbol, y cuando me vino el balón, me detuve; no pude pegarle al balón. Algo en mí había cambiado, así que me salí del campo de fútbol. Las personas se preguntaron qué era lo que me pasaba. Quizás pensaron que estaba enfermo, pero no lo estaba; más bien, la semilla santa y viviente de la naturaleza divina había crecido en mí, y dicha naturaleza divina, orgánica y viviente no estaba de acuerdo con pegarle al balón. Yo quería jugar, pero había otro elemento en mí, otra Persona en mí, y El no quería. Más bien, tuve que estar de acuerdo con El, así que dejé el campo de fútbol para siempre. Esta es la vida cristiana.

La vida cristiana que vivimos no está regida por regulaciones externas, sino por el elemento orgánico que crece en nosotros. Al crecer en mí la semilla de santidad, fui santificado y dejé de jugar fútbol. Desde ese día en que abandoné el campo de fútbol hace aproximadamente sesenta años, nunca volví a jugarlo. No hay ningún versículo en la Biblia que diga que los cristianos no deben jugar fútbol; no obstante, Aquel que crecía en mí no quería jugar, aunque yo sí. Esto fue el crecimiento del Dios santo en mí, lo cual es algo precioso.

Efesios 1:4 dice que Dios nos escogió para que fuésemos santos, y el versículo 5 afirma que al escogernos, El nos predestinó para filiación. ¿Con qué propósito nos predestinó Dios? ¿Por qué puso una marca sobre nosotros indicando que le pertenecemos? Porque Dios no sólo quería hacernos santos como El, sino también quería hacernos Sus hijos. ¿Cómo puede El hacernos Sus hijos? Dios no nos adoptó para que fuésemos Sus hijos, sino que nos engendró. El nos hizo Sus hijos al sembrar en nuestro ser Su semilla, Su vida divina. Su vida divina, junto con Su naturaleza, fue sembrada en nosotros. Al entrar en nosotros dicha vida divina, nos engendra, haciéndonos hijos de

Dios. No somos adoptados por Dios, sino engendrados de Él. Somos hijos de Dios porque El nos engendró.

Ahora, ¿qué tenemos en nosotros? Tenemos la naturaleza de Dios que nos hace santos y la vida de Dios que nos hace Sus hijos. He leído Efesios por muchos años, pero nunca había visto esto hasta hace poco. Un día descubrí, conforme a Efesios 1:4-5, que tanto la naturaleza santa de Dios como Su vida fueron impartidas en nosotros. Ciertamente somos seres humanos, pero tenemos la naturaleza y la vida divinas. Así que, debemos declarar: “¡Aleluya! Tengo la naturaleza santa de Dios; por consiguiente, soy santo. Tengo la vida divina, por eso, soy divino. ¡Soy un hijo divino de Dios que posee Su vida y naturaleza divinas!”

Aunque somos una nueva creación, gran parte de nuestro ser todavía permanece en la vieja creación. Aún tenemos el “viejo capullo” de nuestra antigua naturaleza. Muchas veces, este viejo capullo se manifiesta en lo que hacemos. En nuestras experiencias diarias no debemos olvidar nuestra posición como hijos de Dios. Por ejemplo, el hijo de un presidente se conduce con dignidad debido a que conoce su posición. Del mismo modo, nosotros deberíamos conocer nuestra posición divina, pero a menudo la desestimamos, ya que discutimos y nos enojamos con la gente. Cuando reaccionamos así, no vivimos como hijos de Dios. Seremos preservados al recordar que somos hijos de Dios, quienes tenemos la vida de Dios, la vida divina, y la naturaleza de Dios, la naturaleza santa. Ya vimos que el Cuerpo de Cristo es el resultado de que Dios el Padre imparta Su naturaleza santa y Su vida divina en Su pueblo escogido. Este es el inicio de la impartición divina, cuya fuente es la vida y la naturaleza del Padre.

Luego, Dios el Hijo vino a efectuar la redención. Cuando Cristo nos redimió, nos sacó de Adán, del mundo, del pecado y de la muerte y nos puso en Sí mismo. ¿Dónde estamos ahora? En Cristo. *En Cristo* es una frase corta, pero su significado es muy extenso. Henry Alford, en sus notas acerca del Nuevo Testamento, dijo que la frase *en Cristo* significa que Cristo es la esfera y el elemento en el cual y con el cual fuimos redimidos. Al ser redimidos, entramos en Cristo como la esfera en la cual permanecemos y como el elemento con el cual somos hechos valiosos. Efesios 1:7-12 dice que nosotros los pecadores, después de ser redimidos en Cristo, fuimos hechos la herencia de Dios, Su tesoro. ¿Cómo podemos nosotros, los pecadores, ser hechos el tesoro de Dios, Su herencia? Esto se debe a que, aunque somos pecadores, estamos en Cristo y le tomamos como nuestro elemento precioso. Antes de recibir a Cristo no valíamos nada. Por eso, David dijo que él era un gusano (Sal. 22:6), y lo éramos también nosotros antes de ser salvos; no obstante, Cristo nos redimió con Su sangre, rescatándonos de lo que éramos y poniéndonos en Sí mismo. Ahora, El no sólo es nuestra esfera, sino también nuestro elemento, mediante el cual hace que seamos valiosos. Hemos sido redimidos, y ahora tenemos en nosotros al Cristo que es precioso. Cristo no es sólo la esfera donde debemos permanecer, andar y llevar la vida cristiana, sino también el elemento precioso con el cual somos hechos un tesoro valioso para Dios. Así que, nosotros los pecadores hemos llegado a ser la herencia de Dios. Ahora

podemos declarar que no sólo tenemos la naturaleza de Dios y Su vida, sino también Su elemento.

Siempre que se fabrica algo hay que usar ciertos elementos. De igual manera, Cristo ha hecho de nosotros algo precioso usando Su misma persona como elemento. Dicho elemento es orgánico. Todo lo que experimentamos del Dios Triuno, es orgánico. El se ha sembrado a Sí mismo en nosotros, y Su elemento está creciendo en nuestro ser. El oro es un elemento inorgánico, pero el oro que está en la Nueva Jerusalén es orgánico. Dicho oro representa la naturaleza divina de Dios; el oro de la Nueva Jerusalén es orgánico y viviente.

El elemento es más intrínseco que la sustancia, y dentro del elemento se halla algo aún más intrínseco: la esencia. Siguiendo al Padre y al Hijo, Dios el Espíritu vino a sellarnos consigo mismo como la tinta (Ef. 1:13), lo cual impartió la esencia divina en nuestro ser. Así que, ahora tenemos la naturaleza divina, la vida divina, el elemento divino y la esencia divina. Queridos santos, ¡somos muy divinos! Espero que podamos ver esto. Puedo testificar que un día el Señor me mostró este hecho. Al escogernos, Dios impartió Su naturaleza en nosotros, y al marcarnos como Sus hijos, nos impartió Su vida. Además, cuando Cristo nos redimió, nos introdujo en Sí mismo como el elemento con el cual nos hizo un tesoro para Dios, Su herencia. Además, debido a que fuimos hechos Su posesión, Su especial tesoro, Su Espíritu entró en nuestro ser para sellarnos, poniendo una marca sobre nosotros. Esta marca también es orgánica.

El sello del Espíritu no nos sella una sola vez para siempre, sino que lo hace constantemente, y la tinta divina de este sello nunca se seca, sino que siempre permanece fresca. Primero, dicha tinta divina nos satura profundamente, esto es, somos saturados verticalmente; y luego, se extiende en nuestro interior y somos empapados horizontalmente. De esta manera, todo nuestro ser será lleno del Espíritu, la tinta selladora, y dicha tinta es la esencia. Ahora tenemos la naturaleza y vida del Padre, el elemento del Hijo y la esencia del Espíritu: todo esto es divino.

Cuando nos hagan las siguientes preguntas, debemos decir "Amén". ¿Somos santos? "Amén". ¿Somos hijos de Dios? "Amén". ¿Somos un tesoro, la herencia de Dios? "Amén". ¿Nos ha sellado Dios el Espíritu? "Amén". Esto indica que somos divinos, ya que poseemos la naturaleza de Dios, la vida de Dios, el elemento de Dios y la esencia de Dios. Aunque en el pasado enseñé sobre Efesios, este punto en particular es nuevo. Por eso siento en mí una gran responsabilidad por compartir con ustedes la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo revelada en Efesios.

¿Qué es el Cuerpo de Cristo? El Cuerpo de Cristo no sólo se compone, sino que también está constituido, de la naturaleza de Dios, de Su vida, de Su elemento y de Su esencia. La iglesia, el Cuerpo de Cristo, no es un grupo de cristianos que se enojan, se critican entre sí y se pelean unos con otros; esto ciertamente no es el Cuerpo de Cristo. Más bien, el Cuerpo de Cristo es una entidad constituida de la naturaleza, vida,

elemento y esencia de Dios. Espero que podamos ver la constitución intrínseca del Cuerpo de Cristo: la naturaleza de Dios, Su vida, Su elemento y Su esencia.

***El Dios Triuno es el poder que opera
sobre nosotros y en nosotros***

Además de esta constitución intrínseca, también necesitamos poder. Los cristianos no somos personas comunes; antes bien, somos muy especiales, ya que tenemos el poder divino. Las personas comunes no pueden vencer su ira, pero nosotros sí. Pablo dijo: “Todo lo puedo en Aquel que me reviste de poder” (Fil. 4:13). Pablo podía hacerlo todo en Aquel que lo revestía de poder, es decir, en Aquel que lo fortalecía.

En el pasado algunos me dijeron que no podían llevar una vida cristiana genuina. Un hermano me dijo: “En Efesios 5 se me manda amar a mi esposa, pero debo confesarle, hermano Lee, que no puedo amarla”. Este hermano pensó que tal vez Dios se había equivocado al darle su esposa. Este hermano sabía que un esposo cristiano debía amar a su esposa y que no podía divorciarse de ella; sin embargo, debido a sus fracasos, no sabía cómo seguir adelante en su matrimonio. Cuando me preguntó qué debía hacer, le dije: “Tienes que ser un cristiano”. El contestó: “Pero no puedo”. Y yo le respondí: “Tú no puedes, pero Cristo sí puede”. Además, le dije que si estamos en nosotros mismos, simplemente no podemos; pero debemos darnos cuenta de que estamos en Cristo. Estamos en Aquel que nos reviste de poder, en Aquel que nos fortalece para hacerlo todo. Animé a ese hermano a que permaneciera en Cristo y lo tomara como Aquel que nos reviste de poder.

Si los esposos permanecen en Cristo, en Aquel que los reviste de poder, ciertamente podrán amar a sus esposas. Este remedio es muy efectivo. Muchos santos fueron ayudados por esta comunión y aprendieron a amar a sus esposas permaneciendo en Cristo, en Aquel que los reviste de poder. En nosotros, intrínsecamente, tenemos una constitución divina, y también tenemos el poder divino que opera sobre nosotros y en nosotros. Este poder es el Dios Triuno.

Efesios 1 no sólo menciona la impartición del Padre, del Hijo y del Espíritu, esto es, la impartición divina de la Trinidad Divina, sino que también revela que los tres que constituyen el Dios Triuno obran juntos en un solo poder. El Padre está corporificado en el Hijo, y el Hijo es hecho real en nosotros como el Espíritu, lo cual hace al Dios Triuno un poder, el poder más grande del universo.

El Dios Triuno hizo que este poder operara en Cristo: resucitándole de los muertos, sentándole en los lugares celestiales a la diestra del Padre, sometiendo todas las cosas bajo los pies de Cristo y dándolo por Cabeza sobre todas las cosas. Cristo no fue de la tierra a la luna, sino al tercer cielo, donde se sentó en los lugares celestiales. El venció el poder de las tinieblas, el propio poder de Satanás, quien está en los aires. Todas las cosas fueron sometidas bajo los pies de Cristo, y El fue dado por Cabeza sobre todas las

cosas a la iglesia, que es el Cuerpo. Todo lo que la Cabeza es, es dado al Cuerpo, es decir, es transmitido al Cuerpo de Cristo.

No sólo poseemos al Dios Triuno como nuestra constitución intrínseca, sino también como nuestro poder interno y externo. Somos poderosos. Tenemos una constitución divina e intrínseca, que incluye la vida de Dios, Su naturaleza, Su elemento y Su esencia. También tenemos al Dios Triuno procesado y consumado, quien es el poder que opera sobre nosotros y en nosotros a fin de hacernos poderosos. Con este poder, podemos hacerlo todo: podemos sufrir las cosas que otros no pueden soportar, llevar las cargas que otros no pueden llevar y amar a los que otros no pueden amar; ésta es la realidad del Cuerpo de Cristo.

EL CUERPO DE CRISTO ES EL NUEVO HOMBRE

Tiene la persona divina

Tengo la carga de mostrarles la esencia y el elemento intrínsecos del Cuerpo de Cristo revelados en el libro de Efesios. En el capítulo uno de Efesios vemos que el Cuerpo de Cristo es el resultado, el fruto, de que Dios se imparta y se transmita a nosotros. En el capítulo dos vemos que la iglesia, el Cuerpo de Cristo, es el nuevo hombre (v. 15). Para que la iglesia sea el Cuerpo de Cristo, se requiere vida, pero para que sea el nuevo hombre, además de vida se necesita la persona. El cuerpo humano en sí tiene vida, pero el hombre tiene tanto la vida como la persona. Por lo tanto, la iglesia no es sólo el Cuerpo que tiene la vida divina, sino también el nuevo hombre que tiene a Dios como su persona. Para el Cuerpo, Dios es la vida, y para el nuevo hombre, Dios es la persona. Dentro de nosotros no sólo tenemos la naturaleza divina, la vida divina, el elemento divino y la esencia divina, sino también la persona divina. Tenemos a una persona en nosotros.

Creado por Cristo

En todo el universo sólo existen dos hombres: el viejo hombre y el nuevo hombre. El viejo hombre se halla en Adán, y el nuevo, está en Cristo. Nosotros los creyentes no somos un hombre en Adán, sino un hombre en Cristo. Quisiera preguntarles cómo puede ser esto. ¿Cómo podemos llegar a ser un nuevo hombre? En Efesios 2 dice claramente que Cristo creó de ambos, los creyentes judíos y gentiles, un solo y nuevo hombre (v. 15).

Antes de que fuéramos puestos en Cristo, pertenecíamos al viejo hombre. Debemos darnos cuenta de que en Adán tenemos seis mil años de edad; somos tan viejos como ese primer hombre. Cuando Adán vivió en el huerto, nosotros también estábamos allí. Cuando él comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, nosotros también comimos. No sólo somos viejos, sino vetustos. Somos “antigüedades”, pero fuimos escogidos por Dios en Cristo. El nos escogió y nos marcó. Luego, Cristo vino a cumplir el propósito del Padre y puso a todas estas antigüedades en Sí mismo,

usándolas como material y creando en Sí mismo de ambos, judíos y gentiles, un solo y nuevo hombre.

Debemos ver cómo nos creó Cristo. El puso a todos nosotros, las antigüedades, en Sí mismo. Primero, trajo todas estas antigüedades a la cruz para crucificarnos, es decir, para darnos fin. Como vieja creación, todos fuimos crucificados por Cristo en la cruz. Por medio de Su cruz, El anuló todas las diferencias que existían entre dichas antigüedades. Estas ordenanzas, que son las formas o maneras de vivir y adorar, dividían a los judíos de los gentiles. Una mujer judía me comentó que si un plato había sido usado para comer carne de cerdo, ella podía percibir el olor aun después de que se hubiera lavado el plato. Los judíos religiosos, por supuesto, no comen carne de cerdo, pero los gentiles sí, e incluso muchos de ellos están constituidos de esa carne. Entonces, ¿cómo pueden los judíos ser uno con los gentiles? Las ordenanzas descritas en la ley del Antiguo Testamento causaron que, humanamente hablando, esto fuera imposible. Pero en la cruz, Cristo no sólo abolió las ordenanzas con respecto a la carne de cerdo, sino que también dio fin a todos los que la comen y a todos los que la detestan. Tanto los judíos como los gentiles han sido terminados; y todas las ordenanzas también han sido abolidas. A pesar de que en la vida de iglesia tenemos personas de diferentes colores, a saber, blancos, negros, amarillos, morenos y rojos, sin embargo, somos uno. Somos uno porque se nos ha dado fin. Cristo nos anuló en la cruz, y lo hizo en Sí mismo como elemento.

La muerte de Cristo fue diferente a la muerte de todos los demás hombres. Ningún hombre trabaja mientras que se está muriendo, pero Cristo fue diferente. Cuando Cristo estaba siendo crucificado, El estaba trabajando. Los judíos lo crucificaron, pero la Biblia dice que en la cruz Cristo estaba aboliendo las ordenanzas y al mismo tiempo creando en Sí mismo, de los creyentes judíos y gentiles, un solo y nuevo hombre. El llevó a cabo una gran obra sobre la cruz. Mientras se estaba muriendo, obraba. En tanto trabajaba para darnos fin, impartía en nosotros algo de Sí mismo, a saber, el elemento de Su vida de resurrección. La vida de resurrección no puede aplicarse a ningún hombre natural, sino sólo a los que han sido crucificados. Cristo es la vida de resurrección, el elemento divino, y como tal, se aplicó a nosotros cuando fuimos crucificados. Ahora, los que hemos sido terminados por la cruz de Cristo, tenemos algo de Cristo como elemento en resurrección.

Mientras Cristo estaba en la cruz dándonos fin, también estaba infundiendo en nosotros algo de Sí mismo, a saber, el elemento divino en resurrección. Cuando se nos dio fin en la cruz, llegamos a ser el nuevo hombre que posee a Cristo como su elemento en resurrección. La cruz de Cristo nos dio fin, pero en sí misma ésta no puede hacernos uno; además de la cruz, es necesario añadir la vida de resurrección de Cristo. Su vida de resurrección es el mejor “pegamento” para unirnos y hacernos uno. La cruz elimina y da fin a todo lo negativo, mientras que la vida de resurrección de Cristo es el mejor pegamento para mantenernos unidos. Es así como llegamos a ser un solo y nuevo

hombre. Por medio de la cruz de Cristo fuimos limpiados, y en Su vida de resurrección fuimos hechos uno. En resurrección, nada puede separarnos.

En la cruz, Cristo nos crucificó, nos purificó y nos limpió. Luego, puso este material limpio en Su vida de resurrección, y dicha vida de resurrección, como pegamento, nos une y nos hace una entidad. Primero, esta entidad es el Cuerpo; luego, es el nuevo hombre. Esta es la obra creadora de Cristo. Al hacer esto, El “mató dos pájaros de un tiro”. Primero, creó el nuevo hombre; y luego, al crear este nuevo hombre de ambos, judíos y gentiles, los reconcilió en un solo Cuerpo (v. 16). Esto significa que el nuevo hombre es el Cuerpo.

Efesios 4 dice que todos los miembros, esto es, todas las partes del Cuerpo, se mantienen unidas por el rico suministro de las coyunturas y son entrelazadas por la función de cada parte en su medida (v. 16). Estamos doblemente unidos por las coyunturas y por las partes del Cuerpo de Cristo, que es el nuevo hombre. El nuevo hombre se compone de la Cabeza y del Cuerpo; la Cabeza es Cristo y el Cuerpo es la iglesia. La Cabeza y el Cuerpo unidos son el nuevo hombre.

Vivificados por Dios

Efesios 2:14-22 revela que el nuevo hombre fue creado por Cristo. Pero Efesios 2 tiene otra sección, los versículos del 4 al 10, la cual dice que este nuevo hombre que Cristo creó en la cruz consigo mismo como elemento de resurrección, necesitaba una constitución intrínseca. Cuando éramos el viejo hombre, estábamos muertos en nuestros delitos y pecados (v. 1), pero Dios nos vivificó orgánicamente con Cristo como vida (vs. 5-6). La gente en el mundo e incluso muchos cristianos no lo entienden; sin embargo, éstas son realidades y hechos espirituales y divinos.

Cristo, al crear de los judíos y gentiles un nuevo hombre, sin duda usó Su vida de resurrección como elemento para unir todas las partes. Al mismo tiempo, Dios también hizo algo. Efesios 2 dice que en la cruz, los dos estaban trabajando. Primero, vemos que Cristo creaba; luego, vemos que Dios impartía la vida divina en las partes muertas para vivificarlas. Así, mientras Cristo creaba, Dios vivificaba.

La segunda sección de Efesios 2 únicamente dice que Cristo creó un solo y nuevo hombre al crucificar al viejo hombre contaminado y al unir todas las partes con Su vida de resurrección. Pero, ¿cómo entró en el nuevo hombre la vida divina? La primera sección de Efesios 2 muestra que, mientras Cristo creaba, Dios vivificaba. Nosotros estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, pero Dios nos dio vida juntamente con Cristo (v. 5). El nos resucitó con Cristo y nos sentó juntamente con El en los lugares celestiales (v. 6). Dios sometió bajo nuestros pies todo lo que no es Cristo, y nos dio a Cristo por Cabeza sobre todas las cosas, haciéndonos así parte de la Cabeza. Esto es ser vivificados por Dios. Mientras Cristo creaba, Dios vivificaba para crear al nuevo hombre. Este nuevo hombre ha sido resucitado y elevado; todas las cosas han sido

sometidas bajo sus pies, y la Cabeza de este nuevo hombre está sobre todas las cosas. El nuevo hombre en resurrección, la nueva creación, está lleno de novedad y de vida.

Si somos la iglesia, no debemos tener nada de lo viejo. La iglesia es una entidad totalmente nueva. La vejez ha sido crucificada, eliminada, por la muerte de Cristo, y Cristo, la vida de resurrección, se ha impartido a Sí mismo en los crucificados para ser el elemento divino de ellos. De esta manera todos nosotros, las antigüedades, hemos llegado a ser el nuevo hombre. Mientras Cristo creaba, Dios inyectó, vivificó e impartió en nosotros a Cristo como vida. En el momento en que Cristo creaba, crucificando al viejo hombre, Dios nos impartía el elemento nuevo, es decir, la vida de resurrección de Cristo. Mientras Cristo creaba, Dios nos vivificaba al impartir en nosotros la vida de resurrección de Cristo.

Por una parte, Cristo crucificó al viejo hombre y creó al nuevo hombre en Sí mismo como esfera y elemento. Por otra parte, Dios obró para impartir al Cristo resucitado como vida, a fin de vivificar a los que estaban muertos, resucitarlos de la muerte, sentarlos en los lugares celestiales, someter todas las cosas bajo sus pies y hacerlos uno con la Cabeza, es decir, con Cristo, quien está sobre todas las cosas. ¿Qué es la iglesia? Es el nuevo hombre. El viejo hombre ha sido crucificado, y Cristo, la vida de resurrección, ha sido agregado a nosotros haciéndonos un nuevo hombre; no sólo tenemos a Cristo como nuestra vida, sino también como nuestra persona. Ahora, como el nuevo hombre, somos uno con Cristo. El es nuestra vida y nuestra persona.

Tomar a Cristo como nuestra persona

Tal vez entendamos esto doctrinalmente, pero necesitamos practicarlo tomando a Cristo como nuestra persona. Al ir de compras, debemos darnos cuenta de que nosotros no somos la persona y, por ende, no debemos tomar ninguna decisión, o sea, no debemos escoger. Tenemos que decir: “Señor, yo no soy la persona. Tú eres mi persona. Señor, ¿quieres ir hoy de compras?” Quizás sintamos que el Señor va con nosotros, pero aún debemos decirle: “Señor, no quiero que Tú vayas conmigo, sino que yo deseo ir contigo. Si Tu quieres ir, yo voy. No se trata de que Tú vayas conmigo; más bien, si Tú vas, yo voy”. Entonces, quizás el Señor nos dé el sentir de que El no desea ir. Así que, si El no va, no debemos ir.

Las hermanas deben seguir al Señor cuando van de compras. Tal vez una hermana sienta que el Señor fue de compras y ella le siguió. Al llegar a la tienda, quizás encuentre algo muy atractivo que está en oferta. En ese preciso momento, ella debería preguntarle al Señor: “Señor Jesús, quiero comprar esto, pero ¿lo quieres comprar Tú? Si Tú lo compras, yo te seguiré”. El Señor tal vez responda: “Yo jamás compraría eso”. La hermana puede responder: “Señor, ¿qué debo hacer?” El Señor quizás le indique que regrese a casa. Esto es lo que significa tomar a Cristo como nuestra persona. Si una hermana practica esto, ella es realmente el nuevo hombre; de otra manera, tal vez

tenga la etiqueta de “nuevo hombre”, pero aún es vieja. Las compras son una gran prueba que nos muestra qué somos y dónde estamos.

Cuando vivía en la China continental, usaba túnicas chinas conforme a la costumbre regional. Pero cuando salí de allí, tuve que cambiar mi ropa y vestirme como los occidentales. Entonces descubrí cuánto ejercicio se requiere para vestirse como miembro del nuevo hombre. Por ejemplo, no me fue fácil comprar una corbata. Cuando fui a comprarla, tomé al Señor como mi persona y tuve que descartar muchas corbatas. El Señor me dijo: “Si usas esa corbata, no podrás hablar desde la plataforma”. Esto muestra que debemos tomar a Cristo como nuestra persona en todos los detalles de nuestra vida diaria.

Santos, ¿somos verdaderamente el nuevo hombre? Si lo somos, no sólo debemos tomar a Cristo como nuestra vida, sino también como nuestra persona. Algunas veces he hablado con mis hijos en mí mismo, pero después de hacerlo, el Señor me reprendió. El Señor me ha mostrado que aunque yo soy el padre, también soy un nuevo hombre. En cuanto a la paternidad, debemos ser padres a la “manera del nuevo hombre”. Aunque los hijos fuesen traviesos, el padre no debería responderles en sí mismo. Un padre debe ser “un padre-nuevo hombre” y debe actuar realmente como el nuevo hombre, tomando a Cristo como su vida y su persona. La iglesia debe conducirse como el nuevo hombre. Quizás algunos de los hermanos que toman la delantera en las iglesias discuten, pelean y argumentan, lo cual hace que no se conduzcan como el nuevo hombre. Estos hermanos deben orar y tener comunión como el nuevo hombre, tomando a Cristo como su vida y su persona. Todo esto se lleva a cabo por medio de la cruz y en la vida de resurrección.

La resurrección es nuestro hogar. La resurrección es Cristo como la esfera donde debemos permanecer. Esta es la manera en que podemos sobrellevar la responsabilidad de la iglesia y también servir a Dios y a los santos por medio de la cruz y en resurrección. Si vivimos de este modo, creceremos en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo. Entonces, podremos tomar la delantera en la iglesia como el nuevo hombre reconciliado con Dios. Así, Dios mismo vivirá por medio de la iglesia. La iglesia como Cuerpo de Cristo es el nuevo hombre, quien toma a Cristo como su vida y su persona.

CAPITULO TRES
LA CONSUMACION
DEL DISFRUTE QUE LOS CREYENTES TIENEN
DE LAS INESCRUTABLES RIQUEZAS DE CRISTO
Y DE LA EXPERIENCIA QUE TIENEN DEL CRISTO ILIMITADO QUE
HACE SU HOGAR
EN EL CORAZON DE ELLOS,
ES TODA LA PLENITUD DEL DIOS TRIUNO CONSUMADO
Lectura bíblica: Ef. 3:2-4, 8-11, 16-19; 1:23

BOSQUEJO

- I. La consumación del disfrute que los creyentes tienen de las inescrutables riquezas de Cristo—Ef. 3:2-4, 8-11:
 - A. La economía divina del misterio:
 1. Escondida en Sí mismo desde los siglos—v. 9.
 2. Conforme a Su propósito eterno—v. 11.
 - B. Para anunciar, ministrar, impartir, las inescrutables riquezas de Cristo, a saber, todo lo que Cristo es y tiene y lo que Él ha logrado y obtenido:
 1. Al pueblo escogido de Dios, los creyentes—v. 8.
 2. Para producir y constituir la iglesia como el Cuerpo de Cristo—v. 10a.
 3. Para dar a conocer la multiforme sabiduría de Dios—v. 10b.
 - C. Para llevar a cabo, mediante la mayordomía de los apóstoles, la economía escondida en Dios respecto a la iglesia como misterio de Cristo—vs. 2-4.
- II. La consumación de la experiencia que los creyentes tienen del Cristo ilimitado que hace Su hogar en el corazón de ellos—vs. 16-19:
 - A. Dios el Padre fortalece—v. 16:
 1. Conforme a las riquezas de Su gloria.
 2. Con poder.
 3. Por Dios el Espíritu.
 4. En el hombre interior de los creyentes.
 - B. Dios el Hijo, Cristo, hace Su hogar en el corazón de los creyentes por medio de la fe—v. 17a:
 1. A fin de que los creyentes, arraigados y cimentados en amor—v. 17b.
 2. Sean plenamente capaces de comprender con todos los santos las dimensiones: la anchura, la longitud, la altura y la profundidad—v. 18.
 3. Y conozcan el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento—v. 19a.

4. Para que sean llenos hasta (la consumación) toda la plenitud de Dios—v. 19b:
 - a. El Cuerpo de Cristo, que lo llena todo en todo—1:23
 - b. La máxima expresión corporativa del Dios Triuno consumado.

Oración: Señor, gracias que por Tu misericordia aún estamos aquí contigo. Necesitamos Tu presencia, pues ella significa todo para nosotros. Deseamos reunirnos contigo, estar contigo y morar contigo en Tu presencia. Concédenos Tu rica presencia. Señor, también necesitamos que tengas misericordia de nosotros y quites todos nuestros velos. No queremos que nada nos vele. Queremos tener un rostro descubierto para contemplarte y reflejarte. Señor, concédenos misericordia para que veamos lo que Tú ves, y comprendamos lo que Tú comprendes. Señor, revélate a nosotros. Revélanos todos los secretos que se hallan escondidos en Tu palabra. Es necesario que nos quites los velos. Señor, ten misericordia de nosotros en nuestro hablar. ¡Oh, cuánto te necesitamos en nuestro hablar! Señor, habla en nuestro hablar y sé un espíritu con nosotros. Señor Jesús, estamos en la era más oscura. Vindica Tu camino. Vindica Tu recobro. Vindica Tu ministerio. Vindica Tu propio hablar. Vindica Tu palabra viviente. Amén. Señor, derrota al enemigo. Lo acusamos delante de Ti. Tocamos Tu trono de autoridad y te pedimos que arrincones a Tu enemigo. ¡Avergüénzalo! Glorificate a Ti mismo y bendícenos a todos. Bendice a todo aquel que está aquí contigo. Oramos en Tu poderoso nombre. Amén.

Estoy muy preocupado por todos nosotros. Me preocupa que leamos estos mensajes y los entendamos según nuestro concepto natural. Quizás estemos de acuerdo con esta comunión y digamos: “Lo que el hermano Lee dice es correcto”. Pero sólo es correcto conforme a nuestro concepto natural. Necesitamos ver que la tradición nos frustra y nos daña. Los santos que fueron a Moscú a propagar el recobro del Señor han visto que la tradición religiosa aún permanece allí. Algunos rechazan el bautismo después de creer en el Señor debido a que fueron bautizados cuando eran niños. Aunque Lenin suprimió la religión hace más de setenta años atrás, la tradición Ortodoxa rusa todavía permanece en ellos.

De hecho, todos tenemos tradiciones que, como velos, nos impiden recibir la revelación pura contenida en la Palabra santa. Por ejemplo, usted entiende un versículo de la Biblia a su manera, y yo lo entiendo a la mía. Esto se debe a que usted tiene su tradición que lo vela, y yo tengo la mía. Por eso tengo la carga de orar: “Señor, quita todas las tradiciones. Queremos ver Tu Palabra de una manera pura. Queremos comprender lo que tienes para nosotros conforme a Tu comprensión”.

***LA IGLESIA, EL CUERPO DE CRISTO,
ES EL NUEVO HOMBRE CREADO POR CRISTO Y VIVIFICADO POR DIOS***

Hasta aquí, hemos visto en Efesios 1 que la iglesia es el fruto de la impartición y transmisión divinas. Y en Efesios 2 vimos que ese fruto es llamado el nuevo hombre. La iglesia es el nuevo hombre creado por Cristo. Génesis 1 muestra que la vieja

creación, la cual incluye al viejo hombre, fue creada por Dios. Pero la nueva creación fue producida por Cristo al ser crucificado en la cruz. Mientras Cristo estaba siendo crucificado, El no sólo estaba muriendo allí, sino que al mismo tiempo estaba creando en Sí mismo de ambos, los creyentes gentiles y judíos, un solo y nuevo hombre.

En Adán somos la vieja creación, somos el viejo hombre, somos antigüedades, y en él todos tenemos aproximadamente seis mil años de edad. A Dios no le interesa coleccionar antigüedades, sino que ama la novedad y la frescura. Por eso, Dios comisionó a Su Ungido, Cristo, a que llevara toda la vieja creación a la cruz. Todos los escogidos de Dios, quienes habían envejecido, fueron llevados en Cristo a la cruz. Satanás pensó que podía deshacerse de Cristo poniéndolo en la cruz, pero ésta le dio a Cristo la oportunidad y la esfera para crear al nuevo hombre que Dios deseaba. Cristo creó al nuevo hombre poniendo al viejo hombre en la cruz. Pablo declaró que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo (Ro. 6:6). Mientras Cristo estaba siendo crucificado, nuestro viejo hombre estaba siendo crucificado juntamente con El. Así, nuestra vejez fue terminada mediante la crucifixión de Cristo.

Además, mientras Cristo daba fin a nuestra vejez, El mismo estaba allí como elemento creador. Este elemento nunca envejece, sino que siempre es nuevo. Cristo impartió este elemento dentro del nuevo hombre que estaba creando. En Sí mismo como elemento, Cristo crucificó al viejo hombre en la cruz. Conforme a la revelación del Nuevo Testamento, sabemos que este elemento nuevo no puede aplicarse a nosotros sin la resurrección. La crucifixión de Cristo terminó todo lo viejo; luego, en Su resurrección, Cristo nos aplicó el elemento nuevo, Su elemento divino.

Mientras Cristo estaba ocupado creando al nuevo hombre, Dios también estaba ocupado vivificando a los muertos con el Cristo resucitado, quien es vida. La obra creadora de Cristo y la obra vivificadora de Dios estaban operando en coordinación. Mientras Cristo creaba de los judíos y gentiles un nuevo hombre, Dios estaba vivificándolos. Dios nos resucitó de entre los muertos y nos llevó al tercer cielo para ponernos por encima de todo. Luego, sometió todas las cosas bajo los pies del nuevo hombre. Además, este hombre es uno con la Cabeza, Cristo. Cristo es la Cabeza sobre todas las cosas para el nuevo hombre.

El nuevo hombre tiene a Cristo como Cabeza y a la iglesia como Cuerpo. Actualmente, la iglesia no es solamente el Cuerpo sino también el nuevo hombre. Nuestro cuerpo físico no se compone solamente de nuestro cuello para abajo, sino que incluye también la cabeza, o sea, abarca desde el cabello hasta los pies. El nuevo hombre es Cristo y la iglesia; estos dos componen el nuevo hombre. El Cuerpo recibe todo lo que la Cabeza es y tiene. El Cuerpo no puede separarse de la Cabeza. De hecho, el cuerpo de un hombre incluye toda su constitución física. El nuevo hombre incluye a Cristo como Cabeza y a la iglesia como Cuerpo.

**LA IGLESIA COMO CUERPO DE CRISTO
NO ACEPTA NADA DE NUESTRA VIDA NATURAL,
DE NUESTRO VIEJO HOMBRE, DE NUESTRA CARNE
NI DE NUESTRO YO**

Hasta aquí, hemos visto en los primeros dos capítulos de Efesios una visión intrínseca del Cuerpo de Cristo. A causa de la revelación recibida en estos capítulos, debemos entender que la iglesia como Cuerpo de Cristo no acepta nada de nuestra vida natural, de nuestro viejo hombre, de nuestra carne ni de nuestro yo. Sin embargo, la verdadera situación de las iglesias aún no corresponde a dicha revelación.

Según *Himnos*, #391: “A Cristo exhibid”, tenemos que ser personas que exhiben a Cristo. No obstante, cuando los hermanos se reúnen para hablar de los asuntos de la iglesia, quizás lo hagan conforme a la vida natural y según su concepto natural. Sin embargo, en el Cuerpo de Cristo no hay lugar para la vida y el concepto naturales. A muchos de los santos que asisten a las reuniones les gusta hablar la Palabra, o sea, les gusta profetizar, pero les pregunto: “¿Habla usted en Cristo o fuera de Cristo?” No tengo la intención de apagar la función de los santos, pues me alegra escucharlos hablar en las reuniones; pero me pregunto: “¿Cuánto hablamos en nosotros mismos y cuánto lo hacemos en Cristo?” Es posible que sólo el veinticinco por ciento de lo que hablemos en las reuniones sea en Cristo, y que el setenta y cinco por ciento restante lo hablemos en nosotros mismos.

En ocasiones durante conferencias, los hermanos que toman la delantera piden a los santos que no hablen más de un minuto en la reunión, con el fin de que otros tengan la oportunidad de compartir. Sin embargo, en vez de seguir esta comunión, algunos profetizan por tres minutos. Entonces, los ancianos se molestan y no saben qué hacer, ya que sería descortés hacer callar a alguien en público. Así que, ser anciano en la iglesia no es fácil. Siempre se preguntan el uno al otro: “¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer?” Luego, tal vez uno de ellos me pregunte qué se debe hacer, y mi respuesta es la misma: “¿Qué debemos hacer?” Muchas veces no podemos hacer nada, debido a que la expresión de la carne entre los santos es muy fuerte.

Si un hermano habla por mucho tiempo en una reunión, es posible que uno de los ancianos se levante y le pida amablemente que limite su compartir para que otros tengan tiempo de profetizar. Pero en lugar de escuchar al anciano, el hermano continúa hablando. ¿Está ese hermano profetizando en Cristo? Lo que él está haciendo, ¿es algo creado por Cristo? En realidad, este comportamiento proviene del antiguo Adán. En los últimos sesenta años he visto muchas cosas parecidas a éstas en la vida de iglesia.

En el verano de 1948 tuvimos una conferencia en Shanghai para que el hermano Nee reanudara su ministerio, pues había dejado de ministrar la palabra por seis años. Una de las noches una hermana de edad, que era atrevida y elocuente, oró en la reunión. El contenido de su oración era muy espiritual, pero oró en la carne. Esa hermana era la

madre del hermano Nee. Al terminar la reunión, los que llevábamos la responsabilidad de la conferencia fuimos a otro cuarto para tomar refrescos y tener más comunión. Al reunirnos, el hermano Nee me pidió que le escribiera una nota a esa hermana. Yo sabía perfectamente quién era ella y le pedí al hermano Nee que me dictara la carta. El fue muy severo con ella, pues le dijo que había orado totalmente en la carne y le pidió que nunca más volviera a hacerlo en las reuniones. El, otra hermana y yo firmamos la nota. Todos tuvimos paz de que hicimos lo correcto.

A la siguiente noche, estábamos esperando la cena para luego ir al local de reunión que estaba al cruzar la calle. Repentinamente, alguien llamó a la puerta, y la hermana que servía la cena fue a abrirla. A la puerta estaba la hermana a quien habíamos escrito la carta, quien dijo: "Lavar los pies de las personas es un acto de amor, ¡pero el agua estaba demasiado caliente! ¡Me quemó!", y luego se fue. Esto muestra que ser un buen anciano en la iglesia no es fácil.

Es difícil ser un anciano, debido a que nosotros, los miembros en la iglesia, a menudo actuamos, nos comportamos, hablamos e incluso "profetizamos" en el viejo hombre. Vivimos habitualmente en nosotros mismos. Todo lo que hacemos en nuestra vida natural, en nuestro viejo hombre y en nuestro yo, no pertenece al Cuerpo, sino a Adán. Mi carga al dar estos mensajes es que recibamos la luz del Señor y podamos ver qué es la verdadera vida de iglesia.

¿En qué consiste la verdadera vida de iglesia? Consiste en actuar, obrar, comportarse, profetizar, hablar y servir en el nuevo hombre. En el nuevo hombre que Dios creó tenemos la crucifixión del viejo hombre. Si los ancianos piden a los santos que no profeticen más de un minuto, debemos entonces, no hablar más de un minuto. Si un anciano se levanta y nos pide que acortemos nuestro hablar, debemos detenernos. Podemos pensar que los ancianos están ejerciendo una fuerte centralización de control, pero realmente no es control sino Cristo. La iglesia no es un teatro para que actuemos en el viejo hombre y lo exhibamos.

Espero que hayamos visto lo que revela Efesios 2, a saber, que el viejo hombre fue crucificado por nuestro amado Señor. Cuando el Señor fue crucificado, le dio fin al viejo hombre. Por lo tanto, de aquí en adelante debemos anhelar no hacer nada en el viejo hombre. El Señor dio fin en la cruz al viejo hombre, y en resurrección, Cristo nos aplicó Su elemento divino. Al mismo tiempo, Dios el Padre obró juntamente con Él para vivificarnos, resucitarnos y sentarnos con Cristo en los lugares celestiales. La obra creadora de Cristo y la obra vivificadora de Dios produjeron el nuevo hombre.

La vida de iglesia debe estar en la realidad del nuevo hombre, pues está ligada con el hecho de que Cristo se imparte en nuestro ser y se mezcla con nosotros para hacernos el nuevo hombre. Este nuevo hombre es una entidad compuesta del Cristo crucificado, resucitado y ascendido, mezclado con nosotros en nuestra humanidad resucitada y elevada. En la vida de iglesia no hay lugar para la carne, el viejo hombre, el yo ni la vida natural. Todo lo que hagamos debe surgir del Cristo que se ha mezclado con nuestra

humanidad resucitada y elevada. Sólo de esta manera será salva la iglesia de disputas, de argumentos, de pleitos, e incluso, de divisiones.

La iglesia es una entidad humana que incluye todas las nacionalidades y clases de personas. ¿Cómo entonces podemos ser uno? Si usted se conduce conforme a su manera, y yo a la mía, no podremos ser uno y nos será imposible practicar la vida de iglesia. Pero en el nuevo hombre se halla la cruz, el Cristo resucitado, el Espíritu consumado y también nosotros, por supuesto, ya no en el viejo hombre sino en una humanidad resucitada y elevada. Efesios revela que esto es la vida de iglesia. ¡Cómo agradezco a Dios por ello! Estoy muy agradecido al Señor por el libro de Efesios. Amo este libro, y por eso, en mis Biblias viejas la sección de Efesios está muy desgastada por el uso. Necesitamos recibir la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo revelada en este libro maravilloso.

LA VISION INTRINSECA DEL CUERPO DE CRISTO REVELADA EN EFESIOS 3

Ahora debemos ver la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo revelada en Efesios 3, el cual es un capítulo muy rico y elevado. Digo esto porque dicho capítulo abarca dos puntos principales, cruciales y vitales, y a la vez muy dulces. Primero, dicho capítulo revela que el Cuerpo de Cristo es la consumación del disfrute que los creyentes tienen de las inescrutables riquezas de Cristo. Segundo, muestra que el Cuerpo de Cristo es la consumación de la experiencia que los creyentes tienen del Cristo ilimitado que hace Su hogar en el corazón de ellos.

La consumación del disfrute que los creyentes tienen de las inescrutables riquezas de Cristo

Efesios 3:8 dice que Pablo anunciaba, ministraba, impartía, las inescrutables riquezas de Cristo como el evangelio. Ahora, las inescrutables riquezas de Cristo están siendo ministradas a nosotros. Podemos preguntarnos: “¿Qué son las inescrutables riquezas de Cristo?” Primero, estas riquezas se componen de todo lo que Cristo es. El es Dios, es hombre y es el Hijo; además, El es el Padre. Isaías 9:6 dice que Cristo, el niño que ha nacido y el hijo que nos ha sido dado, es el Dios fuerte y el Padre eterno. El también es el Espíritu. En 1 Corintios 15:45 dice que el postrer Adán, Cristo, fue hecho Espíritu vivificante. Además, Cristo es amor, vida, luz, justicia, santidad, poder, fuerza, poderío, paciencia y humildad. El es la realidad de todos los atributos divinos y las virtudes humanas. El Señor incluso es nuestro tiempo, pues El fue nuestro ayer, es nuestro hoy y será nuestro mañana. Cristo lo es todo para nosotros. El es nuestro aire, nuestra comida, nuestra bebida, nuestra luz y nuestro vestido.

Además, Cristo tiene un nombre muy especial: El es el eterno “Yo soy” (Jn. 8:58; Ex. 3:14). Todo lo que necesitamos, El lo es para nosotros. ¿Necesitamos sabiduría? El Señor nos diría: “Yo soy”. En ocasiones les he dicho a mis nietos que necesitan confiar

en el Señor Jesús para sus tareas escolares, y que El es la verdadera sabiduría. ¿Necesitamos paciencia? El también es la paciencia.

Las riquezas de Cristo no se componen sólo de lo que El es, sino también de lo que El *tiene*. Cristo tiene lo que El es. Todo lo que El es, El lo posee. El es poder y tiene poder. Tal vez alguien piense que él mismo es sabio, pero ¿dónde está su sabiduría? Dicha persona no tiene lo que dice ser. Pero Cristo sí tiene todo lo que El es. El es luz y tiene luz; El es amor y tiene amor; es vida y tiene vida; es poder y tiene poder. Lo que Cristo tiene, se compone de lo que El es, y todo lo que El es, El lo tiene.

Además, las riquezas de Cristo incluyen lo que Él ha realizado, logrado y consumado. ¡Cuánto ha logrado El! El creó el universo, efectuó la redención, consumó la resurrección y ahora está en los cielos. El también ha alcanzado y obtenido ciertas cosas. Por ejemplo, El llegó a los cielos y a la meta eterna de Dios, y obtuvo la gloria y el honor de Dios, la autoridad, el señorío, el reinado, el reino, el trono, etc. Todo lo que El es y tiene, todo lo que ha logrado, alcanzado y ha obtenido, ¡todo está incluido en Sus inescrutables riquezas!

Debemos anunciar las inescrutables riquezas de Cristo como el evangelio. En su primera epístola, Pedro dijo que, cuando nosotros los sacerdotes del Nuevo Testamento predicamos el evangelio, anunciamos las virtudes de Cristo. Predicar el evangelio es anunciar las virtudes de Cristo; Sus virtudes son el verdadero evangelio. Cristo tiene muchas virtudes, tales como la misericordia, la bondad, la gracia, el amor y el perdón. ¿Tenemos nosotros la virtud de perdonar? Cuando algunos santos se ofenden, parece que recuerdan esa ofensa por la eternidad. ¿Qué esposo verdaderamente ha perdonado a su esposa? ¿Qué esposa verdaderamente ha perdonado a su esposo? Quizás la esposa le diga a su esposo que lo ha perdonado, pero al hablar con su madre, le dice que nunca podrá olvidar lo que él hizo. El único que verdaderamente puede perdonar, es Dios. Perdonar es olvidar. Si no nos hemos olvidado de la ofensa, eso significa que realmente no hemos perdonado. Cristo no sólo perdona nuestros pecados, sino que también los olvida. Esta gran virtud es parte de las riquezas de Cristo.

Debemos predicar a Cristo anunciando Sus virtudes. Algunos de los entrenantes que participan en nuestro entrenamiento no sabían qué decirles a las personas cuando salieron a visitarlas. Si no sabemos qué decir, eso significa que no conocemos a Cristo. Si le conocemos adecuadamente, tendremos muchas cosas de qué hablar. Por ejemplo, podemos decir: “Queridos amigos, Jesucristo es el Salvador. El tiene muchas virtudes, una de las cuales es el perdón”. Luego, podemos hablarles acerca de Su perdón. Pablo dijo que él fue comisionado por Dios, designado por El, para anunciar las inescrutables riquezas de Cristo a los gentiles (Ef. 3:8). Los judíos despreciaban a los gentiles, pero Dios comisionó a Pablo para que les anunciara las inescrutables riquezas de Cristo. Esta comisión era su apostolado y mayordomía. Llevar a cabo la economía eterna de Dios era el negocio de Pablo, su trabajo. Pablo escribió catorce epístolas del Nuevo

Testamento anunciando estas riquezas. El Nuevo Testamento tiene sólo veintisiete libros, de los cuales catorce fueron escritos por Pablo. ¡Qué anuncio presentan estas catorce epístolas! Ellas están llenas de las inescrutables riquezas de Cristo.

Al recibir estas riquezas inescrutables, somos enriquecidos con ellas y llegamos a ser ricos. Cuando las riquezas de Cristo son expresadas, llegan a ser Su plenitud. La iglesia es la plenitud de Cristo, Su expresión. Al disfrutar tales riquezas, llegamos a ser Su plenitud y lo expresamos. La iglesia, como Cuerpo de Cristo, la plenitud de Cristo, es el resultado del disfrute que los creyentes tienen de las inescrutables riquezas de Cristo.

***La consumación de la experiencia
que los creyentes tienen del Cristo ilimitado,
quien hace Su hogar en el corazón de ellos***

Efesios 3 dice que el Cristo inescrutable e ilimitado desea hacer Su hogar en nuestro corazón. Pablo oró por nosotros, para que el Padre de todas las familias nos fortaleciera con poder en el hombre interior por Su Espíritu (vs. 14-16). Tenemos un hombre interior maravilloso, a saber, nuestro espíritu regenerado, cuya vida es la vida de Dios. El problema radica en que no nos gusta permanecer en el espíritu, sino que preferimos estar en nuestra mente. Un hermano puede quedarse en la mente desde la mañana hasta la tarde, pensando que últimamente no lo han tratado bien. El segundo lugar donde nos agrada permanecer es nuestra parte emotiva, esto es, en nuestras emociones. Las hermanas están en sus emociones cuando van de compras y compran cosas según sus propios gustos. Además, también nos agrada permanecer en nuestra voluntad. Estos son los tres “apartamentos” de nuestro edificio, de nuestro ser: el apartamento de la mente, el de la parte emotiva y el de la voluntad.

Sin embargo, existe un lugar mejor donde debemos permanecer: nuestro hombre interior, que es nuestro espíritu regenerado, donde mora el Espíritu Santo. El espíritu humano y el Espíritu divino están mezclados. Aunque tenemos este maravilloso espíritu mezclado en nosotros, no nos gusta permanecer en él. Por eso, Pablo oró para que Dios el Padre nos fortaleciera con poder en nuestro hombre interior por Su Espíritu.

En las reuniones, la mayoría de nosotros estamos en nuestro hombre interior, pero al regresar a casa quizás somos ofendidos a tal grado que nos enojamos e incluso discutimos con nuestra esposa. Cuando discutimos, estamos en nuestra parte emotiva y en nuestra mente. Si Pablo estuviera con nosotros, probablemente nos recordaría de su oración en la que pidió que el Padre nos fortaleciera en nuestro hombre interior. Debemos volvernos a nuestro hombre interior; debemos volvernos de nuestra mente y emoción a nuestro espíritu.

A veces intenté discutir con mi esposa, pero puedo testificar que no tuve éxito. Cuando estaba a punto de discutir con ella, Aquel que está dentro de mí me decía: “¡Calla! Ve a orar. ¡Detente!” Me detuve enseguida y fui a mi cuarto. El Señor me detuvo para que

no discutiera con mi esposa, y muchas veces, nos detiene de esta manera. El hecho de que el esposo discuta con su esposa demuestra que se ha salido de su hombre interior para irse a su mente y a su parte emotiva. Por eso, necesitamos la oración del apóstol que seamos fortalecidos en nuestro hombre interior. De esta manera, Cristo tiene la oportunidad de establecer Su residencia, de hacer Su hogar, en nuestro corazón.

Cuando viajo a otra localidad, necesito establecer mi residencia allí. Necesito un lugar donde poner mi ropa, mis zapatos, mi estuche de lápices, mi Biblia, mis libros de referencia, mis bosquejos, etc. En otras palabras, necesito un lugar donde hacer mi hogar. Del mismo modo, una vez que Cristo entra en nuestro espíritu, El desea hacer Su hogar en las partes internas de nuestro corazón. ¿Ha tenido Cristo la oportunidad de hacer Su hogar en nuestro corazón? Quizás tengamos que confesar que no le hemos dado mucha oportunidad a Cristo que haga Su hogar en nuestro corazón, pero aún es posible que lo haga. Nuestro corazón se compone de la mente, la parte emotiva, la voluntad y la conciencia. Al regenerarnos, Cristo entró en nuestro espíritu, pero después debemos permitir que se extienda a cada parte de nuestro corazón. Si le damos la oportunidad, El se extenderá a nuestra mente, a nuestra parte emotiva, a nuestra voluntad y a nuestra conciencia, hasta establecerse plenamente en todo nuestro ser interior.

Al hacer Cristo Su hogar en nuestro corazón, seremos arraigados y cimentados en amor (v. 17b). Entonces comprenderemos que nuestro Cristo es verdaderamente amoroso. El es el amor para nosotros. Somos arraigados en amor a fin de crecer, y somos cimentados en amor a fin de ser edificados. Cuando seamos arraigados y cimentados en Su amor, sabremos cómo ser uno con todos los santos. De esta manera, juntos tendremos la capacidad y la fortaleza para comprender las cuatro dimensiones del universo: la anchura, la longitud, la altura y la profundidad (v. 18). Nadie puede decir cuál es la medida de la anchura, de la longitud, de la altura o de la profundidad, pues estas dimensiones son ilimitadas. Estas cuatro dimensiones universales son las dimensiones de Cristo; o sea, las dimensiones del universo son Cristo mismo. Cristo es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad. El Cristo que disfrutamos es maravilloso, ilimitado, extenso e inmensurable. Cuando comprendamos Sus dimensiones, llegaremos a conocer Su gran amor, el cual excede a todo conocimiento. Su amor excede el conocimiento de nuestra mente; no obstante, podemos conocerlo al experimentarlo. Día tras día en nuestra experiencia podemos disfrutar de Su amor.

Primero Cristo hace Su hogar en nuestro corazón; luego, somos arraigados y cimentados en Su amor; y posteriormente, comprenderemos con todos los santos cuán ancho, largo, alto y profundo es Cristo. Finalmente, experimentaremos Su gran amor que sobrepasa todo conocimiento. El resultado, el fruto, de esto es toda la plenitud del Dios Triuno procesado y consumado (v. 19). La plenitud de Dios es el Cuerpo de Cristo, la máxima y plena expresión del Dios Triuno. “Toda la plenitud de Dios” se refiere a la consumación máxima de la expresión corporativa del Triuno Dios, y esta expresión corporativa, consumada y máxima, es el Cuerpo de Cristo.

Debemos entender dos asuntos presentados en Efesios 3. Primero, que las inescrutables riquezas de Cristo deben ser nuestro disfrute. Segundo, que el Cristo ilimitado e inescrutable debe establecer Su residencia en nosotros, haciendo Su hogar en nuestro corazón. De esta manera, no sólo tendremos Sus riquezas, las cuales incluyen Sus atributos divinos y Sus virtudes humanas, sino también le tendremos a Él, quien es la persona ilimitada y extensiva que hace Su hogar en nosotros. Esta es la vida de iglesia. Si la vida de iglesia fuera así, no existirían divisiones entre los hermanos. Si las iglesias fueran así, cesaría toda crítica, terminarían las opiniones y se acabarían las disputas. Dicha vida de iglesia anula todo lo negativo. Esta debe ser la meta que debemos lograr y el destino al que necesitamos llegar. Por eso tengo la carga de hablar sobre la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo.

He estado en la vida de iglesia, en el recobro del Señor, casi por sesenta años y he visto disturbio tras disturbio entre nosotros. Estas tormentas ocurren porque aún estamos en el viejo hombre, en la carne, en el hombre natural y en el yo. Cuando estamos en el viejo hombre, hay fricción entre nosotros. El divorcio es producto de las fricciones que se han acumulado entre los cónyuges durante un largo período de tiempo. Cuando recién llegamos a la vida de iglesia, experimentamos una “luna de miel”, y durante ese tiempo, todo es maravilloso; sin embargo, más tarde la luna de miel se acaba. Con el tiempo, un hermano puede sentir que no hay nadie en la iglesia que le agrada. Realmente, no le gusta nadie porque sólo se ama a sí mismo. Esa es una vida en el viejo hombre, en la carne, en el hombre natural y en el yo. Es una vida que nunca ha sido anulada por la crucifixión de Cristo ni ha sido introducida en la resurrección ni elevada a los cielos; si vivimos así, ¿cómo podremos llevar una vida apropiada de iglesia?

La vida apropiada de iglesia surge como resultado del disfrute que tenemos de las inescrutables riquezas de Cristo. La vida apropiada de iglesia también es el fruto de que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón y ocupe cada rincón de nuestro ser interior. Necesitamos tener una vida de iglesia que se produzca como resultado de que disfrutamos las riquezas de Cristo y como resultado de que el Cristo ilimitado personalmente haga Su hogar en todo nuestro ser interior. De esta manera, podremos tener una vida de iglesia tranquila. Finalmente, veremos esto plenamente en la Nueva Jerusalén; allí no discutiremos, pues la Nueva Jerusalén es el resultado máximo del disfrute que tenemos de Cristo y del hecho de que El haga Su hogar en nuestro corazón. El Cuerpo de Cristo es la consumación del disfrute que los creyentes tienen de las inescrutables riquezas de Cristo y la consumación de la experiencia que tienen del Cristo ilimitado que hace Su hogar en el corazón de ellos.

CAPITULO CUATRO
LA MEZCLA
DEL DIOS TRIUNO PROCESADO
CON LOS CREYENTES REGENERADOS Y
LA EDIFICACION DEL CUERPO DE CRISTO

Lectura bíblica: Ef. 4:4-6, 11-16

BOSQUEJO

- I. Los constituyentes de la mezcla de Dios y los creyentes—Ef. 4:4-6:
 - A. Dios el Padre, quien es sobre todos, por todos y en todos, es el origen, la fuente—v. 6.
 - B. Dios el Hijo, quien es el Señor y la corporificación del Padre, es el elemento—v. 5.
 - C. Dios el Espíritu, quien es Dios el Hijo hecho real en nosotros, es la esencia—v. 4.
 - D. Los creyentes regenerados, quienes han creído, han sido bautizados y tienen la esperanza de su llamamiento, son el elemento humano—vs. 4-5.
 - E. El Padre está corporificado en el Hijo, el Hijo se hace real como el Espíritu, y el Espíritu se mezcla con los creyentes.
 - F. Esta mezcla es la constitución del Cuerpo de Cristo.

- II. La edificación es la consumación del Cuerpo—vs. 11-16:
 - A. Los miembros perfeccionados por los dones llevan a cabo la obra del ministerio del Nuevo Testamento para la edificación del Cuerpo de Cristo—vs. 11-12.
 - B. A fin de que todos los miembros del Cuerpo puedan llegar a:
 1. La unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios.
 2. Un hombre de plena madurez.
 3. La medida de la estatura de la plenitud de Cristo (el Cuerpo de Cristo, la iglesia)—v. 13.
 - C. Para que los miembros del Cuerpo ya no sean niños sacudidos por las olas y zarandeados por todo viento de enseñanza—v. 14.
 - D. Sino que asidos a la verdad en amor, crezcan en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo—v. 15.
 - E. De quien todo el Cuerpo:
 1. Bien unido por las coyunturas del rico suministro de Cristo.
 2. Y entrelazado por la función de cada miembro en su medida.
 - F. Causa el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor—v. 16.

Oración: Señor, esta mañana pedimos que nos des un éxtasis que nos traslade de las circunstancias visibles a la escena invisible. Queremos ver lo invisible. Queremos verte a Ti. Queremos ver Tu Espíritu. Queremos ver Tu economía. Queremos ver Tu obra, en

la cual te impartes a Ti mismo en nuestro ser. Gracias Señor Jesús; gracias Dios Padre; gracias Espíritu vivificante. Gracias que están obrando dentro de nosotros. Especialmente en estos días, disfrutamos Tu presencia intensificada. Concédenos tal éxtasis. Amén.

RECIBIR UN EXTASIS PARA VER LA VISION INTRINSECA DEL CUERPO DE CRISTO

Necesitamos ver más que el universo físico creado por Dios. En este universo hay dos escenas, dos panoramas. La primera escena es visible, y en ella podemos ver el universo visible compuesto del cielo, la tierra, el sol, la luna y millones de cosas. Sin embargo, la Biblia muestra que detrás de lo visible está lo invisible, lo cual no podemos percibir con nuestros sentidos naturales. Por ejemplo, el libro de Daniel, en el Antiguo Testamento, nos muestra estas dos escenas. Por una parte, los griegos lucharon contra los persas, quienes se resistieron; no obstante, detrás de esta escena visible estaban el príncipe de Persia y el príncipe de Grecia. Daniel 10 narra la lucha que se libraba en el mundo invisible entre Miguel, el príncipe de Israel, y los malvados príncipes de Persia y Grecia (vs. 10-21). Este es un ejemplo de las dos escenas vistas en el Antiguo Testamento.

Jesús vino en los tiempos del Nuevo Testamento y era totalmente visible a los ojos del pueblo. Cierta noche, un principal entre los judíos llamado Nicodemo acudió a Jesús, y le dijo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que Tú haces, si no está Dios con él” (Jn. 3:2). Todo lo que mencionó Nicodemo se relacionaba con la esfera visible, pero el Señor Jesús le respondió diciéndole que necesitaba nacer de nuevo para ver el reino de Dios (v. 3). Jesús le dijo a Nicodemo que necesitaba ser regenerado. En aquel tiempo, nadie sobre la tierra entendía lo que era la regeneración. Nicodemo no lo entendió porque estaba en la esfera visible, así que preguntó: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?” (v. 4). El Señor le habló de la regeneración que se efectúa en la esfera invisible, pero Nicodemo trató de entenderlo estando en la esfera visible.

La revelación divina de la Palabra santa, especialmente en el Nuevo Testamento, habla de cosas invisibles. Todo lo que hemos abarcado desde el capítulo uno de Efesios hasta el capítulo tres pertenece a la esfera invisible, es decir, que es invisible a nuestros ojos, a nuestro entendimiento, a nuestra comprensión natural y a nuestros sentidos naturales. Muchos lectores entienden la Biblia conforme a la letra, en la esfera visible, pero jamás ven lo invisible.

Efesios es un libro que habla principalmente de cosas invisibles. En Efesios 5 Pablo exhorta a los esposos a que amen a sus esposas (v. 25) y a las esposas a que se sometan a ellos (vs. 22, 24). ¿Piensa usted que dicha palabra se relaciona con lo visible o lo invisible? Hablando en términos humanos, todos sabemos lo que esto significa. El

amor del esposo y la sumisión de la esposa son visibles a nuestros sentidos, pero el apóstol habla aquí de algo completamente invisible.

La enseñanza del apóstol acerca de la sumisión es totalmente diferente a la enseñanza de Confucio. Confucio también enseñó con respecto a la sumisión, de hecho, enseñó una sumisión triple; no obstante, lo que él enseñó era algo visible, mientras que lo que el apóstol enseñó era algo invisible. ¿Por qué decimos que es invisible? Porque la sumisión enseñada por el apóstol Pablo no es una sumisión natural.

No hay ninguna esposa que, en sí misma o por sí misma, pueda someterse a su marido conforme a la enseñanza del apóstol. Lo que el apóstol enseña acerca de la sumisión es factible sólo cuando somos llenos en nuestro espíritu (Ef. 5:18). Ser llenos de Cristo en el espíritu causa que rebosemos de El hablando, cantando, salmodiando y dando acciones de gracias a Dios (vs. 19-20), y también causa que nos sujetemos unos a otros (v. 21). La sumisión es el resultado de que seamos llenos en el espíritu; ésta es la sumisión invisible.

Puedo testificar que muchos de los misioneros que fueron a China entendían la Biblia meramente de forma externa y natural. Incluso algunos de ellos dijeron a los chinos que la Biblia enseñaba lo mismo que Confucio; por ejemplo, Confucio dijo que debemos honrar a nuestros padres, y la Biblia también dice lo mismo. Cuando yo era un estudiante joven me dije a mí mismo que no había necesidad de que estos misioneros vinieran a China, pues ya teníamos las enseñanzas de Confucio y por ende, no necesitábamos más de las mismas enseñanzas éticas.

A fin de salir de nuestro concepto natural al leer la Biblia, es necesario que nos sobrevenga un éxtasis. Hechos 10 dice que un día, mientras Pedro oraba en la azotea, le sobrevino un éxtasis (vs. 9-10) y fue súbitamente trasladado de una esfera a otra. En la otra esfera, él vio algo que era totalmente invisible a los ojos humanos.

¿Cree usted que la mente humana puede entender que Dios el Padre nos escogió antes de la fundación del mundo? Mucho antes de que nacióramos, Dios nos escogió para santidad y nos marcó para filiación. ¿Cree usted que la mente natural, no importa cuán inteligente sea, entiende lo que significa ser santificados para Dios y ser hechos hijos de Dios, los que disfrutan la filiación divina? Muchos lectores de Efesios 1 tienen un concepto natural acerca de lo que significa ser santos como Dios. Confucio también enseñó a las personas a ser santas, y los chinos lo consideran un maestro santo. Pero esa santidad y la santidad presentada en la Biblia son dos cosas muy distintas.

El Señor Jesús le dijo a Nicodemo que necesitaba nacer de nuevo, pero Nicodemo lo entendió en un sentido físico y se preguntó cómo podía regresar al vientre de su madre para nacer de nuevo. El Señor Jesús, por supuesto, no estaba hablando de que nacióramos de nuevo de nuestros padres con la vida natural, sino de que nacióramos del Espíritu con la vida divina. Estos dos nacimientos son totalmente diferentes.

Cuando yo era joven, estudiaba la Biblia y la entendía casi el noventa por ciento según mi concepto natural. Me tomó muchos años ser limpiado poco a poco de todos aquellos conceptos naturales. Como ya dije, he conducido muchos estudios de Efesios; por ejemplo, hace treinta y ocho años, en 1953, expuse Efesios detalladamente durante un entrenamiento de cuatro meses efectuado en Taipéi, Taiwán. Sin embargo, considero que estos mensajes de hoy son el estudio más elevado de Efesios. Creo que esta vez mi hombre natural ha sido completamente purgado de todos los conceptos viejos. Mi entendimiento anterior ha sido limpiado con el mejor “detergente”.

El presente estudio de Efesios es totalmente nuevo. Aunque los mensajes que di en el pasado acerca de Efesios no eran incorrectos, aún estaban en la esfera visible. Pero hoy, todo lo que estamos hablando con respecto al Cuerpo de Cristo es invisible e intrínseco. Por eso tuve la carga de orar al Señor de esa manera al comienzo del mensaje. Necesitamos orar: “Señor, te pedimos que nos des un éxtasis. Por años hemos estado en una esfera en la que hemos entendido Tu Palabra santa conforme a nuestro concepto natural y según una visión natural. Requerimos un éxtasis que nos saque de nuestro concepto natural y nos introduzca en otra esfera, para que podamos ver lo que el hombre no puede ver en su entendimiento natural”.

En Efesios 2, vimos que mientras el Señor Jesús estaba siendo crucificado de forma visible y externa, también estaba obrando de una manera invisible. En la esfera visible, El estaba siendo crucificado; pero en la invisible, estaba creando el nuevo hombre. Esta fue una gran obra. Señalamos anteriormente que Efesios 2 se compone de dos secciones. Según la secuencia apropiada, la segunda sección ocurrió primero (vs. 11-22), porque la crucifixión de Cristo debía ocurrir antes de que Dios nos vivificase. Cuando Cristo fue crucificado en la cruz, tanto los creyentes judíos como gentiles fuimos incluidos en El y crucificados con El (Gá. 2:20). Su crucifixión dio fin a la vejez; luego, recibimos Su vida de resurrección como el elemento que nos germinó. En la resurrección de Cristo, se nos aplicó Su elemento nuevo, el elemento divino, Su vida de resurrección.

La primera sección de Efesios 2 (vs. 1-10) revela que Dios el Padre coordinó con Dios el Hijo. Mientras Dios el Hijo estaba en la cruz dando fin al viejo hombre y a la vieja creación, también estaba creando al nuevo hombre en Sí mismo como elemento nuevo en resurrección; al mismo tiempo, Dios el Padre nos vivificó con el Cristo resucitado como vida, como el elemento vivificador. Dios el Padre nos vivificó, nos resucitó de entre los muertos y nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo.

¿Quién puede ver esto? Esto es un registro de las cosas invisibles que existen en el mundo invisible, en la esfera invisible y en la escena invisible. Tenemos la certeza de que el Dios Triuno vio esto, y que se lo reveló al apóstol Pablo. El Dios Triuno le mostró a Pablo un “video” de lo que sucedió mientras el Hijo estaba siendo crucificado sobre el madero. Pablo vio esta escena en una “televisión celestial”. Debido a esto, oró para que se nos diera un espíritu de sabiduría y revelación (Ef. 1:17). *Revelación* significa *video*.

Necesitamos ver un video. No es suficiente con solo oír, sino que también necesitamos ver. Es menester ver el video de lo que estaba sucediendo cuando Jesucristo fue crucificado.

De hecho, la crucifixión fue el medio por el cual Cristo nos creó como un solo y nuevo hombre. Fuimos crucificados juntamente con El en la cruz; luego, Dios el Padre nos vivificó con el Cristo resucitado como vida, como el elemento vivificador. Mientras Cristo estaba creando, Dios estaba vivificando. Necesitamos ver este video, esta visión, de lo que sucedió en la muerte y la resurrección del Señor. Probablemente cuando leíamos Efesios 2 en el pasado, no teníamos tal visión. Pero un día, mientras leía Efesios 2, recibí esta visión. En el pasado no había visto esta visión tan claramente como ahora. ¡Alabado sea el Señor! Hoy siento que los cielos están abiertos, y que estoy recibiendo una visión nueva, un video celestial.

Como parte de la nueva creación, fui creado en la crucifixión y la resurrección de Cristo. Al mismo tiempo, como parte de Su Cuerpo orgánico, también fui vivificado por Dios. Conforme a mi concepto y sentir humano, fui salvo hace sesenta y seis años, pero según el punto de vista divino, fui vivificado hace aproximadamente dos mil años. Cuando Jesús fue crucificado, yo fui crucificado juntamente con El. Luego, Dios el Padre me vivificó con la vida de resurrección de Cristo como elemento. He recibido esta visión. Tengo una carga muy pesada porque deseo que todos veamos dicha visión. Anhele que Dios nos conceda Su misericordia dándonos un éxtasis. No debemos permanecer más en la esfera antigua, sino que debemos entrar en un éxtasis para ser trasladados a otra esfera. Necesitamos ver qué es intrínsecamente el Cuerpo de Cristo.

En el capítulo anterior vimos la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo revelada en Efesios 3. Este capítulo dice que Dios el Padre nos fortalece con poder en el hombre interior por Su Espíritu (v. 16), lo cual debe ser nuestra experiencia cada día. Siempre que paso un tiempo con el Señor, soy fortalecido en mi interior. Cuando estamos con el Señor en oración, ciertamente somos fortalecidos en nuestro hombre interior; así, Cristo puede hacer Su hogar en nuestro corazón. Cristo no hace Su hogar en nuestro corazón de una vez por todas, sino de forma continua. Antes de subir al estrado a hablar, necesito pasar un tiempo en oración para permitir que Dios el Padre me fortalezca en el hombre interior a fin de que Dios el Hijo se establezca más firmemente en mis partes internas. Esta práctica me equipa para hablar.

Debemos recibir la visión de que Cristo hace Su hogar en el corazón de nosotros, Sus creyentes; esto es algo invisible. ¿Quién lo ha visto? Aunque la gente del mundo quizás piense que estamos hablando tonterías, nosotros estamos en un éxtasis; es decir, estamos en otro campo, en otra esfera, a la cual no se le puede dar sustantividad por medio de nuestros sentidos naturales y físicos. Esta mañana, mientras me dirigía a la reunión, recibí el sentir interior de pedirle a Dios de que nos diera un éxtasis. Este es un nuevo tema de oración. Debemos orar: “Señor, te pedimos que nos concedas un éxtasis que nos traslade de nuestra esfera natural a otra esfera, a la esfera espiritual”.

Deseo que todos nosotros experimentemos este éxtasis divino. Cuando estamos en este trance divino, estamos en El, pues El mismo es nuestro éxtasis.

LA VISION INTRINSECA DEL CUERPO DE CRISTO REVELADA EN EFESIOS 4

Los constituyentes de la mezcla de Dios y los creyentes

Necesitamos estar en un éxtasis para recibir la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo revelada en Efesios 4. Este capítulo dice que debemos ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu (v. 3). Luego continúa diciendo: “Un Cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo; un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (vs. 4-6). ¿Quién entiende esto? Con el entendimiento natural, nadie puede comprenderlo. En estos versículos se nos presentan cuatro personas: un Cuerpo, un Espíritu, un Señor, y un Dios y Padre. Estas cuatro personas han sido agrupadas, siendo la primera humana y las otras tres divinas. El Cuerpo es humano, el Espíritu es divino, el Señor es divino y Dios el Padre es divino.

¿Por qué están agrupadas en Efesios 4:4-6 estas cuatro personas? ¿Ha visto usted alguna vez esta visión, esta escena? Hemos visto muchos grupos de personas, pero ¿hemos visto este pequeño grupo de cuatro personas, una que es humana y las otras tres divinas? Quizás hayamos leído Efesios 4 muchas veces sin haber visto este grupo de cuatro personas. Ver esto es una gran luz; es una visión, un video. Aquí vemos cuatro personas, y todas ellas son muy activas. El Cuerpo, el Espíritu, el Señor y Dios el Padre están mezclándose activamente.

Quizás hayamos visto algo en Efesios 4, pero el escenario que hemos visto es imperfecto. Tenemos un “video roto”; no hemos visto una visión completa y perfecta. El Espíritu, el Señor y el Padre están haciendo una sola obra. Ellos están obrando para mezclarse con el Cuerpo. Efesios 4 presenta el verdadero escenario del Cuerpo de Cristo. Este grupo de cuatro personas —el Cuerpo, el Espíritu, el Señor y Dios el Padre— forman una sola unidad, y esta unidad, esta entidad, es el Cuerpo de Cristo, la iglesia. El Padre está corporificado en el Hijo, el Hijo es hecho real como el Espíritu, y el Espíritu se mezcla con los creyentes. Dicha mezcla constituye el Cuerpo de Cristo. Todos debemos ver esto. Si lo vemos, desaparecerán todos los problemas entre los santos y entre las iglesias. Todos los problemas sólo pueden resolverse al recibir tal visión.

Actualmente, algunos en el recobro del Señor todavía compiten y ambicionan una posición y un nombre. Es vergonzoso admitirlo, pero es la verdad. ¿Por qué aún ocurren estas cosas? Porque no tenemos la visión celestial. Nos hace falta ver el video espiritual, celestial y divino. Si vemos dicho video, todos los problemas se resolverán. La mezcla del Cuerpo junto con el Espíritu, el Señor y Dios el Padre, revelada en

Efesios 4:4-6, es invisible. Dicha escena no puede verse con los ojos humanos ni percibirse con los sentidos naturales; por eso necesitamos que nos sobrevenga un éxtasis.

Ya dijimos que el Cuerpo de Cristo, la iglesia, es humana, pero no lo es en el sentido natural; la iglesia es celestialmente humana. La humanidad natural ha sido crucificada, resucitada, elevada y mezclada con los tres de la Trinidad Divina. Estamos mezclados con el Espíritu, lo cual hace que tengamos una esperanza; estamos mezclados con el Hijo, lo cual hace que tengamos la fe que nos une a Él y el bautismo que nos separa de Adán; y también estamos mezclados con el Padre, quien está sobre todos, por todos y en todos. El Cuerpo de Cristo es una mezcla de lo humano y lo divino.

Dios el Padre, quien está sobre todos, por todos y en todos, es el origen, la fuente, de la visión completa del Cuerpo de Cristo. El es el origen del Cuerpo. Dios el Hijo, quien es el Señor y la corporificación del Padre, es el elemento. El Hijo se está mezclando con nosotros mediante la fe y el bautismo. Y Dios el Espíritu, quien hace real a Dios el Hijo, es la esencia. El Espíritu se está mezclando con nosotros a fin de que un día todos seamos completamente transformados, conformados a la imagen del Hijo y glorificados en El. Esta es la Trinidad Divina que obra para mezclarse de forma completa con Su pueblo escogido, el Cuerpo.

Esta mezcla ya ha comenzado, pero todavía no ha concluido sino que aún continúa. Tenemos reuniones del ministerio y de la iglesia con el propósito de estar reunidos en Cristo para mezclarnos totalmente con El. No asistimos a las reuniones meramente de forma externa. Detrás de estas reuniones hay algo invisible, lo cual es la mezcla. Al asistir a las reuniones, nos mezclamos con el Dios Triuno. Por una parte, nos mezclamos unos con otros, pero la mejor mezcla es la del propio Dios Triuno con todos nosotros.

Ciertamente podemos testificar que en las reuniones se intensifica esta mezcla con Dios, pero debemos permanecer en ella aún cuando no estemos reunidos. Necesitamos ser aquellos que se mezclan con el Dios Triuno todo el tiempo. Esta mezcla resuelve todos los problemas. Por ejemplo, dos hermanas pueden reñir entre sí por no estar en esta mezcla, pero cuando regresan a ella, son motivadas a perdonarse mutuamente. Algunos casados quizás tengan problemas matrimoniales, pero después de mezclarse con el Dios Triuno en las reuniones, sus problemas se resuelven. La mezcla divina resuelve todos nuestros problemas.

La edificación es la consumación del Cuerpo

Efesios 4:4-6 revela este grupo de cuatro personas —un Cuerpo, un Espíritu, un Señor y un Dios y Padre— que se mezclan como una sola entidad para conformar el Cuerpo orgánico de Cristo. Dicha mezcla divina es la realidad de la vida de iglesia. Otro pasaje de Efesios 4 dice que los miembros necesitan ser perfeccionados por las personas dotadas con el fin de que hagan la obra del ministerio neotestamentario para la

edificación del Cuerpo de Cristo (vs. 11-16). Cuando nos mezclamos con el Dios Triuno, estamos muy contentos con el Señor. Le amamos y deseamos laborar para El. Anhelamos ser útiles y ayudar en la vida de iglesia. ¿Cómo podemos hacerlo? Siendo perfeccionados. El Señor como Cabeza nos perfecciona, no directamente sino indirectamente por medio de Sus dones: los apóstoles, profetas, evangelistas, y pastores y maestros. Gracias al Señor que en la iglesia tenemos estas personas dotadas. Ellas son las que pueden perfeccionarnos.

Conforme a nuestra experiencia, el perfeccionamiento se lleva a cabo principalmente en las reuniones de grupo. Cada iglesia necesita tener reuniones de grupo. El Cuerpo, el Espíritu, el Señor y Dios el Padre forman un grupo, y están juntos para tener comunión, para tener una “reunión de grupo”. La iglesia también necesita reuniones así. No debe haber muchos hermanos en una reunión de grupo; es mejor si sólo doce o quince se juntan en dichas reuniones.

La práctica de tener reuniones de grupo concuerda con Hebreos 10:24–25, que dice: “Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”. Estos versículos muestran que no debemos dejar de congregarnos. En la reunión de grupo nos juntamos para estimularnos al amor y exhortarnos unos a otros. Usted me aviva, y yo lo avivo a usted; usted me corrige, y yo lo corrijo a usted. Esto es lo que significa ser perfeccionados.

En las reuniones de grupo no debe haber un orador designado; ésa es la práctica del sistema del clero-laicado en el cristianismo. Las reuniones de grupo en los hogares nos proporcionan una manera íntima de reunirnos en mutualidad. En las reuniones de grupo todos podemos ser perfeccionados mediante preguntas y respuestas.

Un hermano recién convertido quizás confiese que tiene un problema porque no sabe con certeza si su bautismo fue genuino. Tal vez otro hermano diga: “Hace diez años tuve el mismo conflicto, pero fui aclarado cuando leí Marcos 16:16, donde dice que el que cree y sea bautizado, será salvo. El Señor me mostró que este versículo no dice: ‘El que cree y es bautizado sintiendo que su bautismo es genuino, será salvo’. El Señor solamente dice: ‘El que es bautizado’, y yo he sido bautizado”. Luego, tal vez le diga al hermano nuevo: “¿No es cierto que ya fuiste bautizado? ¿Te bautizó Satanás? Por supuesto que no. Fue un querido creyente quien te bautizó. Ciertamente ése fue un bautismo genuino. No tienes por qué preocuparte”. Después, otro hermano puede testificar: “Hace muchos años, yo también tuve el mismo conflicto. Dudaba acerca de mi salvación, pero vencí debido a que permanecí firme en lo que la Palabra dice. El Señor es fiel y nunca negaría Su Palabra”. Este es un ejemplo del contenido de una reunión de grupo.

En una reunión de grupo tenemos comunión mutua, intercesión mutua, consuelo mutuo, cuidado mutuo, pastoreo mutuo, preguntas y respuestas mutuas, y enseñanza mutua. No hay un líder, maestro u orador designado. Todos son líderes, maestros,

oradores y estudiantes; todas las actividades de una reunión de grupo se llevan a cabo en mutualidad. Si los santos tienen esta clase de reuniones una vez a la semana durante todo el año, ciertamente serán perfeccionados.

Nuestra manera antigua de reunirnos, la cual no era bíblica, fue una pérdida de tiempo. Conforme a la vieja manera, un hermano viene al lugar de reunión y se sienta a esperar que la reunión comience. Son las 7:25 p.m. y la reunión debe comenzar a las 7:30 p.m., así que él espera a que los demás lleguen. Finalmente, todos llegan y esperan a que alguien empiece la reunión. Dan las 7:40 p.m. y la reunión no ha comenzado porque los ancianos aún no han llegado. Luego, llega un anciano y no sabe qué hacer. La reunión depende de él, pero no sabe cómo iniciarla, pues no sabe qué himno cantar ni qué orar. Por fin, llega otro anciano. El primero se alegra; pero el anciano que recién llegó insta al primero a que pida un himno. Después de cantar el himno, el primer anciano le indica al segundo que debe orar. Pero después de orar, ¿quién va a hablar? Nadie sabe. Finalmente, nadie habla. Luego, uno de los ancianos quizás le pida a los santos que den testimonios de sus experiencias pasadas. Este es un ejemplo de la vieja manera de cómo nos reuníamos antes.

En la nueva manera de reunirnos, la cual es orgánica, todos vienen a la reunión cantando con regocijo. Isaías dice que cuando Israel regresaría a Sion, vendría cantando con regocijo (51:11). Debemos comenzar nuestra reunión de grupo desde nuestra casa, cantando y alabando. Podemos declarar y cantar: “¡Alabado sea el Señor!” Esta es mi historia y mi canción, siempre alabando al Salvador”. Debemos venir a la reunión cantando, alabando y testificando. En una reunión de grupo, todos somos oradores. Dicha reunión orgánica de grupo es la manera en que somos perfeccionados.

Efesios 4 dice que los santos son perfeccionados para que puedan hacer la obra del ministerio, el ministerio del Nuevo Testamento, y dicho ministerio edifica el Cuerpo de Cristo (vs. 11-12). En las reuniones de grupo todos pueden hablar. En 1 Corintios 14 Pablo dijo que cuando la iglesia se reúne, todos pueden profetizar uno por uno (v. 31). Profetizar es hablar por el Señor, emitir al Señor, ministrarlo a otros mediante nuestras palabras; esto perfecciona a los santos.

Todos los santos son perfeccionados para hacer la misma obra que hacen los apóstoles, los profetas, los evangelistas, y los pastores y maestros. Por medio de este perfeccionamiento, la iglesia se desarrollará y crecerá hasta llegar a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, el Cuerpo de Cristo (Ef. 4:13). Con el tiempo, todos seremos plenamente maduros. Ya no seremos niños sacudidos por las olas y zarandeados por todo viento de enseñanza (v. 14). Nos asiremos a la verdad en amor para crecer en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo (v. 5), de quien todo el Cuerpo crecerá por la función de los miembros, es decir, por las coyunturas del suministro y por la función de cada parte en su medida, para edificar el Cuerpo (v. 16). De esta manera el Cuerpo será edificado, no por medio de grandes predicadores, sino por cada

miembro del Cuerpo. Así, el Cuerpo causa el crecimiento del propio Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor.

En Efesios 4:4-6 vemos la mezcla de cuatro personas que conforman un grupo. Luego, en la siguiente sección de Efesios 4 vemos la edificación de un grupo más grande, la cual incluye a todos los miembros del Cuerpo de Cristo. La mezcla es el inicio, y la edificación es la consumación. Estamos disfrutando la mezcla, y estamos en el camino de ser plenamente edificados; finalmente, alcanzaremos la consumación de la edificación completa del Cuerpo de Cristo. Ahora en el universo existe un edificio que es la consumación máxima de la mezcla divina del Dios Triuno con la humanidad elevada. Este edificio es la consumación de la vida de iglesia. El Cuerpo de Cristo edificado es la meta que todos tenemos que alcanzar, el destino al cual tenemos que llegar. Debemos avanzar hasta llegar a dicho destino.

En la esfera natural no existe una visión así; sólo podemos ver esta visión espiritual en la esfera espiritual. Creo que mediante esta comunión podemos ver el “video” de lo que ocurre en Efesios 4. Un Cuerpo, un Espíritu, un Señor y un Dios y Padre están agrupados y están siendo juntamente mezclados. Mientras esta mezcla ocurre, todos estamos siendo perfeccionados para realizar la obra de edificar el Cuerpo de Cristo. Así, el Cuerpo se edificará a sí mismo mediante la función de sus miembros. Esta es la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo revelada en Efesios 4.

CAPITULO CINCO
LA UNIDAD DEL CUERPO

Lectura bíblica: Ef. 4:2-6, 12-16

BOSQUEJO

- I. La unidad en la realidad—Ef. 4:3-6:
 - A. La unidad que proviene del Espíritu, quien es la esencia, con:
 - 1. La unidad del Cuerpo: el lugar en donde debemos permanecer.
 - 2. La unidad de la esperanza en la cual fueron llamados los creyentes: la meta que procuramos alcanzar—vs. 3-4.
 - B. La unidad que proviene del Señor, quien es el elemento, con:
 - 1. La unidad de la fe: ser trasladado a Cristo.
 - 2. La unidad del bautismo: ser trasladado fuera de Adán—v. 5.
 - C. La unidad que proviene del Padre, quien es la fuente, el cual es:
 - 1. Sobre todos.
 - 2. Por todos.
 - 3. En todos—v. 6.
- II. La unidad en la práctica—vs. 13-15:
 - A. La unidad de la fe: lo que los creyentes creen.
 - B. La unidad del pleno conocimiento del Hijo de Dios: la plena comprensión del Cristo ilimitado—v. 13a.
- III. El proceso que nos lleva de la unidad en la realidad a la unidad en la práctica—vs. 12-16.
 - A. Ser perfeccionados por los dones para la obra del ministerio neotestamentario a fin de edificar el Cuerpo de Cristo—v. 12.
 - B. Crecer de la niñez a un hombre de plena madurez:
 - 1. Ya no ser sacudidos por las olas: los disturbios.
 - 2. Ya no ser zarandeados por todo viento de enseñanza: las doctrinas—v. 14.
 - C. Asirnos a la verdad en amor para crecer en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo—v. 15.
 - D. Hasta llegar a la unidad en la práctica —un hombre de plena madurez— a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (el Cuerpo de Cristo) —v. 13.
 - E. Para ser edificados en el Cuerpo de Cristo, bien unidos por todas las coyunturas del rico suministro de Cristo y entrelazados por la función de cada miembro del Cuerpo en su medida—v. 16.

- Esta es la mejor manera, la forma más efectiva, de guardar la unidad del Cuerpo—vs. 2-3.

Oración: Señor, estamos muy contentos por tener otra oportunidad para buscar Tu hablar. Señor, hálbanos una vez más. Necesitamos más revelación. Señor, estamos aquí; queremos ver lo invisible, lo que está en los cielos, lo que está en Tu corazón y lo que Tu entiendes. Señor, muéstranos esta visión. Confiamos en Ti. Te damos gracias. Amén.

LA REVELACION DE PABLO ACERCA DE LOS ASPECTOS INVISIBLES DEL CUERPO DE CRISTO

Efesios revela los aspectos invisibles de la iglesia, la cual es el Cuerpo de Cristo. Necesitamos recibir una visión intrínseca del Cuerpo de Cristo. Por ejemplo, es posible ver nuestro cuerpo físico de dos maneras: podemos ver lo externo, el exterior, y podemos ver lo interno, lo intrínseco. Exteriormente podemos ver algunos de los aspectos de nuestro cuerpo, pero lo que vemos externamente no es la totalidad de nuestro cuerpo; hay mucho más que ver en el interior.

En octubre de 1938 estuve en Pekín, la antigua capital de China, y me hospedé con alguien que trabajaba en el campo de la medicina. Una tarde él invitó a un grupo de doctores en medicina a comer con nosotros, y aproveché la oportunidad para preguntarles si creían en Dios. Al principio, nadie contestó. Finalmente, uno de ellos dijo que después de haber estudiado y analizado el cuerpo humano, reconocía que debe haber un Creador. De no ser así, ¿cómo podría el cuerpo humano tener tantos órganos y sistemas internos maravillosos? Esa fue la respuesta de aquel doctor, aun cuando no era cristiano todavía. Le dije que lo que decía era verdad: incluso nuestro cuerpo físico da el debido testimonio de que existe un Creador.

Pablo usó el término *el Cuerpo* para definir a la iglesia. La iglesia es el Cuerpo de Cristo. El Señor Jesús no usó este término en los Evangelios debido a que la visión de los discípulos se centraba demasiado en lo externo y no en lo intrínseco. En Juan 14—16, el Señor trató de mostrar a los discípulos las cosas intrínsecas. Este pasaje de la Palabra revela al Dios Triuno. Lo que el Señor dijo muestra que el Padre está corporificado y expresado en el Hijo, que el Hijo se hace real en nosotros como el Espíritu, y que el Espíritu es la realidad del Hijo. Sin embargo, en Juan 16 el Señor les dijo: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de realidad, El os guiará a toda la realidad” (vs. 12-13a). Cuando viniera el Espíritu de realidad, el Espíritu de verdad, les revelaría a los discípulos todas las cosas invisibles y misteriosas que El recibiría del Cristo invisible y misterioso.

Al estudiar la Biblia, comprendí que el Espíritu de verdad vino a Pedro y a sus contemporáneos, a los primeros apóstoles, pero sólo les reveló una parte de la verdad. Fue el apóstol Pablo la persona principal a quien el Espíritu reveló las cosas profundas de Dios. Pablo, cuyo nombre era Saulo de Tarso, había sido un perseguidor agresivo de Cristo. Pero un día, mientras iba camino a Damasco con el fin de perseguir a los

discípulos del Señor, fue atrapado por el Señor Jesús, el invisible, quien le habló desde los cielos diciendo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hch. 9:4). Saulo dijo: “¿Quién eres Señor?” (v. 5a). Saulo le llamó “Señor”, aún sin conocerlo. Al llamarlo Señor de esta manera, fue salvo (Ro. 10:13). En respuesta a lo que Saulo le preguntó, el Señor dijo: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (v. 5b).

Fue a éste hombre, después llamado Pablo, a quien el Espíritu de verdad posteriormente reveló muchas cosas misteriosas. Pablo dijo que había recibido la comisión, la encomienda, y la carga de parte de Dios, de completar Su Palabra, la revelación divina (Col. 1:25). Sería una enorme pérdida si las catorce epístolas de Pablo fueran extraídas de la Biblia. Sin sus epístolas, no habiéramos podido tener comunión en cuanto al Cuerpo de Cristo, pues el Señor Jesús no tuvo la oportunidad de revelarlo en los Evangelios.

Mateo 16 narra que un día Jesús preguntó a Sus discípulos: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (v. 15). Pedro respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v. 16). Sin duda, Pedro recibió una revelación celestial acerca de quién es Jesús. Luego, el Señor dijo que El edificaría Su iglesia sobre esta roca, es decir, sobre esta revelación acerca de Cristo recibida por Pedro. La revelación de Cristo y la iglesia que vemos en Mateo 16 es maravillosa, pero no tan intrínseca como la revelación de que la iglesia es el Cuerpo de Cristo. El Señor no le reveló a Pedro que la iglesia era Su Cuerpo, porque sabía que él no era capaz de comprenderlo. Aunque Pedro llegó a ser el apóstol principal en Jerusalén, no recibió dicha revelación. No fue sino hasta más tarde que Pablo recibió esta revelación. En las catorce epístolas de Pablo podemos ver todas las cosas misteriosas y escondidas de la economía de Dios. Esta economía era un misterio escondido en Dios, quien creó el universo (Ef. 3:9); sin embargo, le fue revelada a Pablo.

Al leer los escritos de Pablo, no podemos dejar de preguntarnos dónde y cómo vio él tantas cosas misteriosas. Por ejemplo, sin el libro de Hebreos no podríamos entender toda la tipología presentada en Levítico. Además, sólo en los escritos de Pablo se menciona el Cuerpo de Cristo. Cuanto más he estudiado las epístolas de Pablo, más me he preguntado qué clase de persona fue él y cómo recibió dicha revelación. ¿Cómo pudo Pablo ver estas cosas? ¿Quién le dijo a Pablo que hay un Cuerpo, un Espíritu, un Señor y un Dios y Padre, con una esperanza, una fe y un bautismo (Ef. 4:4-6)?

Pablo vio que en la eternidad pasada, aun antes de la fundación del mundo, Dios nos escogió en Cristo para que fuésemos santos (Ef. 1:4). ¿Quién le dijo esto a Pablo? Además, en Efesios 1 Pablo dice que Cristo efectuó la redención, la cual incluye el perdón de los pecados, y que esta redención introdujo a todos los elegidos de Dios en Cristo, quien es la esfera, el dominio y el elemento. Dicho elemento constituye a los salvos en la herencia de Dios, y finalmente, todo el universo tendrá a Cristo por Cabeza (vs. 7-12). ¿Quién le reveló esto a Pablo? Necesitamos recibir la revelación de todas las

cosas maravillosas que le fueron mostradas a Pablo acerca del Cuerpo de Cristo, las cuales constan en el libro de Efesios.

LA MEZCLA DIVINA Y LA EDIFICACION REVELADAS EN EFESIOS 4

En el capítulo anterior vimos las dos secciones de Efesios 4. La primera sección, del versículo 4 al 6, muestra que en este universo hay una mezcla maravillosa de tres personas divinas y una persona humana. Estos versículos revelan que hay siete “unos”: un Cuerpo, un Espíritu, un Señor y un Dios y Padre, con una esperanza, una fe y un bautismo. Estos siete “unos” describen la mezcla universal, maravillosa y admirable del Dios Triuno y Su pueblo redimido y ascendido. El Espíritu, el Hijo y el Padre se han mezclado con el Cuerpo mediante el bautismo y la fe, infundiéndonos la esperanza de algo venidero.

Pablo prosiguió en Efesios 4 al mostrarnos que la edificación es la consumación del Cuerpo (vs. 11-16). Dicha edificación es realizada por Cristo, la Cabeza, no de forma directa sino indirecta. Cristo es el Victorioso, quien ganó la batalla. Según Efesios 4:8, El capturó a todos los que estaban bajo el cautiverio de Satanás y los hizo Sus propios cautivos. Cristo nos hizo Sus cautivos y nos llevó a los cielos. La versión en inglés *The Amplified New Testament* [Versión Amplificada del Nuevo Testamento], dice en Efesios 4:8 que El llevó un séquito de enemigos vencidos. El nos llevó a los cielos. Nosotros los cristianos queremos ir a los cielos; pero en realidad ya estuvimos allí, pues cuando Cristo ascendió a lo alto, nos llevó consigo mismo. Cristo nos llevó cautivos a los cielos y nos presentó al Padre como dádivas. Luego, el Padre nos regresó como dones a Cristo (Sal. 68:18). Cristo recibió estos dones, siendo uno de ellos Saulo de Tarso. Entonces Cristo, la Cabeza, dio esos dones al Cuerpo a fin de perfeccionar a todos los santos (Ef. 4:11-12). Los apóstoles, los profetas, los evangelistas, y los pastores y maestros son dados por Cristo para perfeccionar a los creyentes. Ellos perfeccionan a los creyentes para que éstos hagan la obra del ministerio del Nuevo Testamento, esto es, edificar el Cuerpo de Cristo.

Sin embargo, en lugar de perfeccionar a los creyentes, la práctica tradicional del cristianismo anula por completo la función de los miembros del Cuerpo de Cristo. Por eso, el Señor nos mostró la nueva manera, la manera ordenada por Dios, de edificar el Cuerpo de Cristo. Gracias al Señor que hemos recibido esta visión. Hemos regresado a la Palabra pura, y estamos aquí practicando la nueva manera, en la cual todos y cada uno están siendo perfeccionados para funcionar en el Cuerpo.

La carga de este ministerio consiste en perfeccionar a los santos para que sean miembros vivientes, dinámicos y activos que funcionen en el Cuerpo de Cristo. Necesitamos ser perfeccionados para profetizar, para hablar por Dios e impartir a Cristo en otros al hablar; esto edifica la iglesia como Cuerpo de Cristo (1 Co. 14:4b). Mi carga es perfeccionar a los creyentes a que hagan lo mismo que los apóstoles, profetas,

evangelistas, y pastores y maestros, para llevar a cabo la economía neotestamentaria de Dios a fin de edificar el Cuerpo de Cristo.

El Cuerpo de Cristo se edifica asiéndonos a la verdad, la realidad (Ef. 4:15). En todo el universo, ¿qué es la verdad? ¿Qué es la realidad? Las cuatro personas reveladas en Efesios 4 —el Cuerpo, el Espíritu, el Señor y Dios el Padre— son la realidad. Aparte de estas cuatro personas todo es vanidad de vanidades. En todo el universo sólo Dios el Padre es real, sólo Cristo es real, sólo el Espíritu es real, y sólo la iglesia, el Cuerpo, que nos incluye a todos nosotros, es real; ésta es la realidad a la cual debemos asirnos. Debemos asirnos a Dios el Padre, al Hijo, al Espíritu y también a la iglesia, el Cuerpo. Y debemos asirnos en amor a esta verdad, a esta realidad. Entonces creceremos en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo. Ahora estamos en El, pero hablando honestamente, no estamos en El lo suficiente. Tenemos que estar en El más y más. Esta es la razón por la que Pablo nos exhorta a que crezcamos en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo (v. 15).

Nuestro crecimiento en Cristo debe manifestarse aun en la manera de peinarnos. Muchos nos peinamos de una manera que no corresponde a la norma de estar en Cristo, la Cabeza; en otras palabras, lo hacemos según nuestro propio gusto, y no en Cristo. Algunas hermanas gastan mucho tiempo peinándose; sin embargo, dicen que no tienen tiempo para el avivamiento matutino, lo cual muestra que ellas necesitan crecer en Cristo respecto a esto. Cuando los hermanos se compran un par de zapatos o una corbata, deben hacerlo en Cristo. Debemos estar en Cristo aun al escoger los zapatos y las corbatas que usamos. Debemos ser aquellos que crezcan en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo.

Cuando crecemos en Aquel que es la Cabeza, algo procede de Él. Efesios 4:16 dice: “De quien todo el Cuerpo, bien unido y entrelazado por todas las coyunturas del rico suministro y por la función de cada miembro en su medida, causa el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor”. Crecer en vida es crecer hasta la medida de la Cabeza, Cristo, y funcionar en el Cuerpo de Cristo proviene de Él. Primero, crecemos hasta la medida de la Cabeza; luego, tenemos algo que procede de la Cabeza para edificar el Cuerpo.

El Cuerpo se mantiene unido por todas las coyunturas del rico suministro y es entrelazado por la función de cada parte en su medida. Por ejemplo, el factor que mantiene unido un edificio es la estructura de acero; luego, se entrelazan diferentes materiales para rellenar las áreas alrededor de dicha estructura. Al estar bien unido y entrelazado, el edificio llega a ser una entidad sólida. Asimismo, el Cuerpo de Cristo es unido y entrelazado por dos grupos de creyentes: las coyunturas y las partes. Mediante el funcionamiento de todos los miembros, el Cuerpo causa el crecimiento de sí mismo, y dicho crecimiento tiene como objetivo la edificación. Es decir, que el Cuerpo se edifica a sí mismo por medio de todos los miembros.

La primera sección de Efesios 4 muestra que se está llevando a cabo la mezcla, y la segunda sección, que se está llevando a cabo la edificación; por lo tanto, Efesios 4 revela la mezcla y la edificación. La mezcla se lleva a cabo con el Cuerpo, el Espíritu, el Señor y el Padre. El Espíritu, quien hace real a Dios el Hijo, es la esencia de la mezcla entre Dios y los creyentes; el Hijo, quien es el Señor y la corporificación del Padre, es el elemento de esta mezcla; y el Padre, el cual es sobre todos, por todos y en todos, es el origen, la fuente, de esta mezcla divina. Esta mezcla es la constitución del Cuerpo de Cristo.

Aunque actualmente se está efectuando dicha mezcla, podemos testificar que aún no estamos lo suficientemente mezclados con el Dios Triuno. Muchas veces el Dios Triuno no puede penetrar nuestra mente obstinada ni nuestros sentimientos fríos o ardientes. ¿Cómo puede el Dios Triuno mezclarse libremente con nosotros? Los tres de la Deidad tienen comunión entre Sí para buscar la manera de mezclarse con nosotros; Ellos tienen que buscar la forma de mezclarse con personas de mente tan obstinada y de sentimientos tan fluctuantes.

Los acontecimientos en nuestro entorno son dispuestos soberanamente para ayudarnos a mezclarnos con el Dios Triuno. Después de casarse, algunas parejas quizás piensen que su matrimonio fue un error. Durante el tiempo del noviazgo, el hermano pensaba que la hermana era maravillosa, y ella pensaba lo mismo de él. Sin embargo, después de la boda y de la luna de miel, ambos sienten que fue un error casarse; éste es el punto de vista del hombre. Pero el Señor sabe que el marido necesita a su esposa, y que ella lo necesita a él; eso es lo que Dios determinó. Muchas veces, sólo la esposa puede quebrantar al esposo. Esta amada esposa, la esposa “equivocada”, es la cruz de Cristo para su marido.

¿Creemos que es fácil que el Dios Triuno se mezcle con nosotros? Si mezclamos la harina con el aceite, la harina no lucha ni se opone, sino que es “obediente” y “sumisa”. Pero cuando el Dios Triuno viene a mezclarse con nosotros, ¿estamos nosotros dispuestos? La mayoría de las veces nos comportamos como niños malcriados. Por ejemplo, cuando una madre quiere darle una dosis de medicamento a su hijo, éste se niega y se resiste a tomarlo. Nosotros también hacemos lo mismo con el Señor. ¿Quién de nosotros es sumiso? ¿Nos sometemos a nuestras circunstancias, a nuestro entorno? Por lo general, no aceptamos las circunstancias que nos rodean. No somos sumisos, sino rebeldes; ésta es la causa de que se efectúe tan lentamente la mezcla entre nosotros y las personas divinas de la Trinidad. Puedo testificar que el Dios Triuno se ha estado mezclando conmigo por más de sesenta y seis años, pero dicha mezcla no se ha consumado todavía. La mezcla revelada en Efesios 4, la mezcla de la Trinidad Divina y el hombre, no ocurre tan fácilmente.

Efesios 4 muestra la mezcla divina y la edificación del Cuerpo de Cristo. Por una parte, se está llevando a cabo la mezcla divina. Por otra, se está efectuando la edificación. La mezcla y la edificación son inseparables; son como nuestros dos pies. Si la mezcla

divina se detiene, la edificación también cesa. De parte de Dios, necesitamos la mezcla; pero de nuestra parte, necesitamos la edificación.

Por lo general, nos resistimos a los esfuerzos del Dios Triuno por mezclarse con nosotros. Esta es la razón por la que hay tantas dificultades para los ancianos en las iglesias. Ser un anciano conlleva muchas presiones debido a que nosotros, los hijos de Dios, somos “hijos malcriados”. En ocasiones me pregunto por qué Dios engendró a tantos hijos malcriados. Da la impresión de que Dios escogió a todos los hijos malcriados de la humanidad. En la reunión, quizás nos comportemos como caballeros y damas, pero cuando la reunión termina, inmediatamente empezamos a causar problemas.

Ya que éste es el caso, ¿cómo pueden ser edificadas las iglesias? ¿Cuándo veremos la edificación consumada? La mezcla no sigue su curso normal, y difícilmente se logra la edificación. ¿Todo es dulce y placentero en las iglesias locales? ¿Se está llevando a cabo la mezcla y la edificación con facilidad? ¿Son todos los días claros o nublados? Yo diría que son más que nublados. En la vida de iglesia en el recobro del Señor, periódicamente hay tormentas. Esto nos muestra que debemos entregarnos al Señor, para que la mezcla divina siga su curso y la edificación del Cuerpo llegue a su consumación.

Pablo recibió la visión de dicha mezcla y edificación. A él le sobrevino un éxtasis, en el cual vio todas estas cosas. Por eso, oró por nosotros para que también tuviéramos un éxtasis, esto es, para que Dios nos concediera un espíritu de sabiduría y de revelación (Ef. 1:17).

LA UNIDAD DEL CUERPO REVELADA EN EFESIOS 4

Ahora veamos la unidad del Cuerpo revelada en Efesios 4. En el capítulo cuatro Pablo menciona dos veces la palabra *unidad*. En el versículo 3 nos exhorta a que seamos diligentes en guardar la unidad del Espíritu; luego, en el versículo 13 nos dice que debemos llegar a la unidad de la fe. Tenemos la unidad del Espíritu, pero aún no hemos llegado a la unidad de la fe.

La unidad del Cuerpo es el propio Dios Triuno. Hemos visto en Efesios 4:4-6 que el Cuerpo, el Espíritu, el Señor y Dios el Padre son uno. La unidad del Cuerpo está constituida del Espíritu, el Señor y el Padre. Los tres de la Deidad son uno, y estos tres operan en el Cuerpo para mezclarse con él. Un Espíritu, un Señor y un Padre están obrando en el Cuerpo.

En la oración del Señor presentada en Juan 17, Él reveló que el Padre, el Hijo y el Espíritu, los tres de la Trinidad Divina, son uno. La unidad del Cuerpo es el propio Dios Triuno. El Espíritu es la realidad del Dios Triuno, por consiguiente, la unidad del Cuerpo es llamada la unidad del Espíritu. Cuando estamos en el Espíritu, somos uno.

Debemos ser aquellos que guardan diligentemente la unidad del Espíritu. Durante la reunión, quizás el esposo y la esposa canten juntos en unidad, pero al regresar a casa, tal vez discutan. En algunas iglesias los ancianos discuten entre sí. Desde 1936 hasta 1938 ayudé a la iglesia en Pekín, la antigua capital de China, pues los ancianos en esa iglesia no podían ser uno y me pidieron que les ayudara. Mientras convivía con ellos, estaban contentos, pero cuando los dejé, los problemas volvieron a surgir. Lo que estoy diciendo no es algo trivial. Por esta razón difícilmente vemos una iglesia que haya sido edificada. La mezcla y la edificación no han progresado debido a que no somos diligentes en guardar la unidad del Espíritu a fin de llegar a la unidad de la fe.

En Efesios 4, Pablo mencionó la mezcla y la edificación juntas. Por una parte, presentó la mezcla entre la Trinidad Divina y Su pueblo redimido; por otra, mostró la edificación del Cuerpo llevada a cabo por la función de todos los miembros. En la sección de Efesios 4 que habla sobre la edificación, Pablo expresa su anhelo de que dejemos ya de ser niños (v. 14). Mientras estamos siendo perfeccionados, nos hallamos en el camino para llegar a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de Cristo (v. 13). Cuando alcancemos este destino, seremos plenamente maduros. Actualmente en el recobro, muchos aún permanecen en su infancia. Según Efesios 4:14, los niños son sacudidos por las olas y zarandeados por todo viento de enseñanza. Debemos crecer en la vida divina hasta llegar a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios.

En 1984 me di cuenta que las iglesias en el recobro del Señor estaban en una situación adormecida. Por eso, empecé a introducir a las iglesias en la nueva manera, la manera ordenada por Dios, con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo. Sin embargo, algunos de entre nosotros comenzaron a discutir sobre la práctica de la nueva manera. Unos decían que estaban a favor de la nueva manera, mientras que otros preferían seguir en la vieja manera. Por supuesto, la nueva manera es bíblica, pero nuestra fe no se basa en ella. Ni la nueva manera ni la vieja manera constituyen nuestra fe. Ya sea que practiquemos la nueva manera o no, nuestra salvación eterna no depende de ello.

Sin embargo, si implementamos la manera bíblica, obtendremos el incremento y seremos recompensados cuando el Señor regrese. Esta recompensa es adicional a nuestra salvación. Si seguimos la antigua manera y no llevamos fruto, el Señor nos pedirá cuentas cuando regrese. En la parábola de Mateo 25 en cuanto a la fidelidad, un esclavo no obtuvo ganancias para su amo y le dijo a éste que era hombre duro. Entonces, su amo le contestó que era un esclavo malo y perezoso (vs. 14-30). Esta parábola habla de la recompensa y el castigo que habrá en el reino venidero. Los esclavos que obtengan ganancias entrarán en el gozo de su Señor durante el reino venidero, pero los esclavos inútiles serán echados a las tinieblas de afuera.

Quizás nuestra recompensa dependerá de que tomemos o no la manera bíblica en esta era; sin embargo, el hecho de que tomemos la nueva manera o la vieja manera no determinará nuestra salvación. Nuestra salvación es eterna, y ya está asegurada y

garantizada. Nuestra salvación se basa en la persona de Cristo el Salvador y en Su obra de redención, la cual incluye Su sangre redentora. La persona divina de Cristo y Su obra redentora conforman nuestra fe. Si contendemos por algo que no sea parte de nuestra fe (Judas 3), causaremos división y seremos personas facciosas.

Para llegar a la unidad de la fe, tenemos que crecer. Todas las diferentes doctrinas y prácticas son como juguetes. La nueva manera puede convertirse en el juguete de un hermano, y la vieja manera, en el juguete de otro. Un hermano tiene un juguete, y el otro tiene el suyo. Ambos son infantiles y actúan como niños, pues se aferran a sus preferencias, gustos y aversiones. En cambio, cuanto más crecemos, más ponemos a un lado los juguetes. Cuando era un creyente joven, contendía por las doctrinas y las prácticas, pues eran mis juguetes. Pero cuando crecí, abandoné aquellos juguetes. Hoy puedo jactarme de que no tengo ningún juguete.

Hay muchos caminos que conducen de Los Ángeles a Washington, D.C. No es necesario discutir acerca de cuál camino debemos tomar. Mientras estemos de acuerdo con el destino, lo demás no importa. Podríamos usar este ejemplo y decir que el camino que tomamos para llegar a Washington D.C. es nuestro juguete, y que el destino, la ciudad de Washington D.C., es nuestra fe. No debemos contender por nada que no sea la fe.

Los Bautistas del Sur dicen que para ser un miembro de su denominación, el creyente debe ser sumergido en el agua del bautisterio de ellos. La doctrina del bautismo ha llegado a ser el juguete de ellos. No debe importarnos en dónde se haya bautizado un creyente ni contender acerca de la manera en que sea bautizado. Si hemos visto la unidad de la fe, abandonaremos todos los juguetes. No debemos defender la vieja manera ni la nueva, pues éstas no forman parte de nuestra fe. Ante todo, debemos guardar la unidad. Los problemas surgen porque los santos inmaduros son zarandeados por los vientos de diferentes enseñanzas, doctrinas, conceptos y opiniones.

La manera ordenada por Dios, la nueva manera, no es un juguete que forme parte de nuestro ministerio, sino que es la manera bíblica y orgánica de edificar el Cuerpo de Cristo. He recibido la carga de parte del Señor, para decirle a Su pueblo que la vieja manera anula la función de los miembros del Cuerpo de Cristo. La antigua manera mutila la Cabeza y anula los miembros del Cuerpo; y lo único que queda es un número reducido de clérigos. Por eso, tenemos que desechar la vieja manera. Ciertamente queremos a Cristo, pero no aceptamos el sistema religioso del cristianismo. Debemos desechar el “-ismo” y tomar sólo a Cristo. Regresemos a Cristo y a Su Cuerpo, en el cual todos los miembros edifican. Esta no es mi preferencia; ésta es la manera ordenada por Dios de edificar el Cuerpo de Cristo.

Debemos ver que el Dios Triuno se mezcla con el Cuerpo, y esta mezcla se está efectuando actualmente. Además, los dones fieles —los apóstoles, profetas, evangelistas, y pastores y maestros— están haciendo todo lo posible por perfeccionar a

los santos. Ellos laboran para enseñar a los creyentes, instruirlos, equiparlos, dirigirlos y mostrarles la manera de llevar a cabo la obra del ministerio neotestamentario para edificar el Cuerpo de Cristo. De este modo, toda la iglesia será llevada a su debida función. Las coyunturas proporcionan el suministro para unir al Cuerpo, y las partes funcionan para entrelazarlo; así, el Cuerpo es edificado sólidamente.

La edificación corresponde a la mezcla. En realidad, la mezcla y la edificación son uno. Sin la mezcla no podemos edificar, y sin la edificación la mezcla nunca será consumada. La mezcla y la edificación producirán la iglesia completada y consumada, el Cuerpo de Cristo.

Espero que todos podamos ver esto. Pablo recibió una visión; le sobrevino un éxtasis genuino y apropiado que lo sacó del concepto antiguo y lo introdujo en el concepto nuevo. El vio todas estas cosas, y tenemos que agradecer a Dios porque Pablo escribió lo que vio. ¡Cuánto agradecemos al Señor por el libro de Efesios! Sin este libro, no tendríamos guía, dirección ni luz con respecto a los detalles del Cuerpo de Cristo; no seríamos capaces de ver la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo. Pero agradecemos al Señor que contamos con esta guía, dirección y luz. Así podemos ver la mezcla del Dios Triuno procesado con los creyentes regenerados, y la edificación del Cuerpo de Cristo. También podemos ver la unidad del Cuerpo de Cristo junto con la unidad del Espíritu, la unidad de la fe y la unidad del pleno conocimiento del Hijo de Dios. Que el Señor tenga misericordia de todos nosotros con el fin de que nuestros ojos sean bien abiertos para ver la visión intrínseca del Cuerpo de Cristo.

CAPITULO SEIS
LA DIVISION DAÑA LA UNIDAD DEL CUERPO

Lectura bíblica: 1 Co. 1:10-13; 3:3-4; 4:6; 11:17, 29-30, 19; 12:24-25; Ef. 4:2; Ro. 16:17; Tit. 3:10; Lv. 13:45-46; Nm. 12:10-15.

BOSQUEJO

- I. Había divisiones entre los Corintios—1 Co. 1:10:
 - A. No hablaban una misma cosa.
 - B. No estaban perfectamente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer.
 - C. Entre ellos había celos y contiendas—1 Co. 1:11; 3:3.
 - D. Hicieron partidos, diciendo: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo—1 Co. 1:12.
- II. Tales divisiones fueron condenadas por la enseñanza del apóstol:
 - A. Eran carnales y andaban según lo humano—1 Co. 3:3-4.
 - B. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?—1 Co. 1:13.
 - C. Estaban hinchados de orgullo favoreciendo al uno contra el otro—1 Co. 4:6.
- III. Estas personas que causaban división se congregaban a tomar la mesa del Señor, no para lo mejor (no para provecho), sino para lo peor (para pérdida)—1 Co. 11:17:
 - A. No discernían que el pan es símbolo del cuerpo físico del Señor, lo cual ellos debían valorar.
 - B. No discernían que el pan es símbolo del Cuerpo místico del Señor, lo cual requería que ellos guardaran la unidad del Cuerpo de Cristo.
 - C. Comían juicio para sí—1 Co. 11:29.
 - D. Debido a esto, había muchos debilitados y enfermos entre ellos, y muchos dormían—1 Co. 11:30.
- IV. Los partidos manifiestan a aquellos que son aprobados en la vida de iglesia—1 Co. 11:19.
- V. Tener la misma solicitud por todos los miembros, para que no haya división en el Cuerpo —1 Co. 12:25.
- VI. No existe base, razón, excusa, justificación ni vindicación para ninguna clase de división.
- VII. Recordemos siempre: ¡No existe ningún pretexto válido para que los miembros del Cuerpo de Cristo se dividan!
- VIII. Todos los problemas pueden solucionarse y deben resolverse mediante la debida comunión, orando juntos sincera y detalladamente:
 - A. Con un espíritu abierto, un corazón puro, una mente humilde y una actitud de mansedumbre, debemos buscar la solución que proviene del Señor—Ef. 4:2.

- B. Seguir la enseñanza de las Escrituras debidamente interpretadas, sin aplicarlas fuera de contexto.
- C. Sin intereses personales, buscar solamente la gloria del Señor y el beneficio de Su recobro.
- D. Sin formar partidos ni divisiones, los cuales surgen de una actitud de parcialidad, amenazas y provocaciones.

IX. Cómo tratar con los miembros que causan divisiones:

- A. Apartarse de los que causan divisiones—Ro. 16:17.
- B. Desechar a los miembros sectarios que causan disensiones—Tit. 3:10.
- C. Practicar la cuarentena de los leprosos, conforme a la tipología—Lv. 13:45-46; Nm. 12:10-15.

Oración: Señor, cuánto te agradecemos que nos hayas traído hasta esta última reunión. Te alabamos porque eres el Alfa y la Omega. Creemos que así como has bendecido el comienzo, hoy bendecirás el final. Confiamos en Ti para esta última reunión. Hoy es el último día de esta conferencia, un gran día. En este gran día, Señor, ven a bendecirnos grandemente. Señor Jesús, te necesitamos a cada instante. No podemos olvidarnos de Ti; estás en nuestra mente, en nuestro espíritu, en nuestro corazón y en todo nuestro ser. Gracias, Señor Jesús. Tú tienes la Palabra y Tú eres el Espíritu. Tu Palabra y Tu Espíritu estarán siempre con nosotros. Amén.

En este capítulo deseamos continuar la comunión acerca de la unidad del Cuerpo. Luego, queremos ver cómo la división daña esta unidad.

LA UNIDAD DEL CUERPO

En Efesios 4 se revelan dos aspectos de la unidad del Cuerpo: la unidad en la realidad y la unidad en la práctica. La unidad del Cuerpo no es una mera doctrina sino una realidad, y abarca más que la unidad que existe entre los creyentes y entre las iglesias locales; es la unidad del Dios Triuno, la cual existe entre los tres de la Deidad. Hay un solo Dios, pero en Su Deidad, El es tres. Por lo tanto, El es el Dios tres-uno, el Dios Triuno. Existe una unidad eterna entre los tres de la Deidad. Dios el Padre es uno con el Hijo y con el Espíritu, el Hijo es uno con el Padre y con el Espíritu, y el Espíritu es uno con el Hijo y con el Padre. Los tres son uno entre sí.

Además, esta unidad maravillosa y divina que existe entre los tres de la Deidad se ha extendido. El Señor Jesús dijo que El cayó en la tierra como el grano de trigo, para morir a fin de llevar mucho fruto (Jn. 12:24). Por lo tanto, el grano único se ha convertido en muchos granos; y los muchos granos son el aumento de este único grano.

En la eternidad pasada el Dios Triuno no tenía hijos, lo cual significa que no tenía aumento. Un día, El creó al hombre, y dicho hombre creado se multiplicó y se

incrementó hasta llenar toda la tierra (Gn. 1:28). No obstante, el Dios Triuno aún seguía sin tener hijos. Cuatro mil años después de que creó al hombre, El mismo se hizo hombre, vistiéndose de la naturaleza humana. Sin embargo, en aquel entonces aún no tenía hijos.

¿Cuándo engendró el Dios Triuno a Sus muchos hijos? En la resurrección de Cristo, la cual fue un gran nacimiento, un gran parto. En ese gran parto, en la resurrección, Jesús, quien ya era el unigénito Hijo de Dios desde la eternidad (Jn. 1:18; 3:16), fue engendrado para ser el primogénito Hijo de Dios entre muchos hermanos (Hch. 13:33; Ro. 8:29). Ahora el Dios Triuno tiene millones de hijos. En la resurrección, Jesús fue designado el Hijo primogénito de Dios, y nosotros, Sus muchos hermanos. El Hijo primogénito y Sus muchos hermanos nacieron el mismo día, al mismo tiempo. En 1 Pedro 1:3 dice que cuando Cristo resucitó, todos a la vez fuimos regenerados. En Su resurrección, El nos impartió la vida divina, para hacernos Sus hermanos y los muchos hijos del Dios Triuno.

Este gran alumbramiento, este gran nacimiento del Hijo primogénito y Sus muchos hermanos ocurrió en el día de la resurrección. Sin embargo, en cuanto al paso del tiempo, este nacimiento es un proceso que aún no ha sido totalmente consumado, sino que todavía continúa. Por ejemplo, cuando las iglesias locales llevan fruto, ésta es la continuación de aquel gran parto, lo cual seguirá ocurriendo hasta que se complete el registro en los cielos. Este gran parto universal será plenamente consumado, completado, cuando el Señor regrese. Los muchos hijos del Dios Triuno son Su aumento. Por lo tanto, la unidad del Dios Triuno también se ha extendido al incluir a Sus hijos, los miembros de Su Cuerpo.

Anteriormente, esta unidad sólo existía entre las tres personas divinas de la Deidad, pero ahora se ha extendido a millones de creyentes. Estos millones de creyentes, los muchos hijos de Dios, son el Cuerpo corporativo de Cristo. Es decir, millones de creyentes han sido incorporados a este Cuerpo colectivo. Ahora podemos ver cuán grande es esta unidad.

En las iglesias locales hay creyentes de todos los continentes y de todas las razas y colores, quienes, en lugar de estar discutiendo, cantan y alaban juntos al Señor. ¡Cuán maravillosa es esta unidad! Sin embargo, la unidad que disfrutamos es sólo una miniatura de la gran unidad universal que existe en el Cuerpo universal de Cristo. En la eternidad pasada, esta unidad existía únicamente entre los tres de la Deidad, pero ahora se ha extendido, agrandado y aumentado, ya que incluye a millones de hijos de Dios, quienes son los miembros del este gran Cuerpo universal de Cristo. Hoy testificamos de esta unidad.

Todos los creyentes somos uno con el Dios Triuno. El hombre puede ser uno con Dios porque fue creado según la “especie” de Dios. Génesis 1 afirma que en la obra creadora de Dios, todo fue creado según su propia especie. El hombre fue creado conforme a la especie de Dios porque fue creado conforme a la imagen y semejanza de Dios (v. 26).

No somos Dios, pero llevamos Su imagen y Su semejanza. Somos las fotografías de Dios. Decimos que somos humanos, pero debemos comprender que la humanidad fue creada conforme a la especie de Dios.

Los hombres creados y escogidos por Dios nacieron de Él para ser Sus hijos. Hemos nacido de Dios; por lo tanto, ahora Dios es nuestro Padre. Por ejemplo, un hijo es igual a su padre en vida, pero no es igual a él en cuanto a su paternidad. El padre es el padre, y los hijos son los hijos. De la misma manera nosotros, como hijos de Dios, somos iguales a Dios porque tenemos Su vida y Su naturaleza; sin embargo, no somos iguales a Dios en Su Deidad ni en Su paternidad. Como hijos de Dios, somos uno con nuestro Padre Dios.

La unidad en la realidad

La unidad que proviene del Espíritu, quien es la esencia

Efesios 4:3-6 revela la unidad en la realidad. La unidad en la realidad es la unidad que proviene del Espíritu como esencia, junto con la unidad del Cuerpo: el lugar en donde debemos permanecer. Todos moramos en este único Cuerpo, junto con Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu. En términos espirituales, todos permanecemos en la unidad del Cuerpo, juntamente con el Dios Triuno; por lo tanto, el Dios Triuno permanece con nosotros. El Espíritu es la esencia de la unidad, este Espíritu permanece en el Cuerpo, y el Cuerpo es nuestra morada.

Esta unidad es también la unidad de la esperanza en la cual fueron llamados los creyentes: la meta que procuramos alcanzar (vs. 3-4). ¿A dónde nos dirigimos los creyentes? ¿Cuál es nuestro destino? El Cristo que pronto vendrá es nuestro destino, o sea, este destino es una persona maravillosa. El está aquí ahora, pero también vendrá. El está aquí como nuestra esperanza, y El vendrá como la meta de dicha esperanza. Todos nos hallamos en el mismo camino y todos llegaremos al mismo destino. Quizás tengamos la intención de regresar a la ciudad de Reston, Virginia, el próximo año, para asistir a otra conferencia. Tal vez sintamos que ése será nuestro destino. Pero supongamos que el Señor Jesús regrese dos meses antes de lo esperado. ¿Acaso le vamos a decir: “Señor Jesús, espera un poco; aún no hemos llegado a nuestro destino”? Les digo este ejemplo para mostrarles que nuestro destino cada día, cada mañana y cada momento, es el Jesús que pronto vendrá. El es nuestra esperanza hoy, y avanzamos en pos de Él como nuestro único destino. El es nuestra meta, El es nuestra esperanza y, finalmente, llegaremos a Él como nuestro destino. Todos los millones de cristianos tenemos el mismo destino. Todos estaremos juntos para encontrarnos con nuestro Señor a Su regreso.

La unidad que proviene del Señor, quien es el elemento

El Espíritu es la esencia de la unidad, y el Señor es el elemento de dicha unidad. La esencia está en el elemento. La unidad en la realidad es la unidad que proviene del Señor, quien es el elemento, junto con la unidad de la fe: ser trasladado a Cristo. La fe nos transfiere a Cristo. Estábamos en Adán, pero la fe nos trasladó y nos introdujo en Cristo.

La unidad del Señor como elemento también incluye la unidad del bautismo: ser trasladado fuera de Adán (Ef. 4:5). El bautismo, en el sentido negativo, es un traslado que nos saca de Adán. Es terrible estar en Adán, pero ¿cómo podemos salir de él? El bautismo nos separa de Adán y la fe nos une a Cristo. Por lo tanto, es necesario creer y ser bautizados (Mr. 16:16). Tenemos que salir de Adán y entrar en Cristo. El bautismo nos saca de Adán, y la fe nos introduce en Cristo. El Señor, junto con la fe y el bautismo, es la base de nuestra unidad.

La unidad que proviene del Padre, quien es la fuente

La unidad en la realidad también es la unidad que proviene del Padre como la fuente, quien es sobre todos, por todos y en todos (Ef. 4:6). Pablo describió la unidad de una manera muy detallada, pues nos mostró que Dios el Padre es la fuente de nuestra unidad, que el Señor es el elemento, y que el Espíritu es la esencia. El Padre, quien es la fuente, el origen, ahora está sobre nosotros, por nosotros y en nosotros. El nos empapa y satura. De hecho, el Padre mismo es triuno. El es el Padre triuno, porque actúa en tres direcciones: sobre todos, por todos y en todos. *Sobre todos* principalmente se refiere al Padre; *por todos* alude al Hijo; y *en todos* se refiere al Espíritu. El Padre, el Hijo y el Espíritu son la fuente, el elemento y la esencia de la unidad en la realidad.

Necesitamos estar en un éxtasis para ver esto. No deseamos permanecer en la esfera natural; más bien, deseamos estar en un éxtasis, en la esfera invisible, donde vemos la realidad invisible de la unidad del Cuerpo de Cristo. Cuando estamos en dicho éxtasis, vemos a Cristo en los demás. ¿Por qué somos uno? ¿Por qué cantamos lo mismo y oramos lo mismo? Aunque somos de diferentes razas y venimos de diferentes lugares, somos uno porque la misma Persona está sobre todos nosotros, por todos nosotros y en todos nosotros. Estamos en algo que es invisible: la unidad en la realidad.

Cuando nacimos de nuevo, inmediatamente fuimos puestos en esta unidad. Cuando un niño nace, es introducido en una familia y llega a ser miembro de ella. De la misma manera, cuando nosotros nacimos de nuevo, fuimos hechos miembros de la familia de Dios. Recientemente una pareja rusa vino a una reunión de la iglesia en Anaheim y preguntó cómo podían hacerse miembros de nuestra iglesia. No me atreví a interrumpir la reunión, pero me dije a mí mismo: "Ya son miembros". En el instante

que un niño nace, de inmediato ya ha recibido su filiación, la cual le hace miembro de su familia. Asimismo nosotros, puesto que nacimos de Dios, somos miembros que participamos de la gran unidad de la familia de Dios. Esta es la realidad, y estamos en ella.

Sin embargo, después de haber sido regenerados, los creyentes tenemos un largo camino por recorrer. He permanecido en este camino por más de sesenta y seis años. Y cuanto más avancemos en el camino, más problemas hallaremos. Hoy quizás estemos contentos y declaremos: “¡Aleluya, somos uno!” Pero más tarde “un perro que ladra” nos puede causar problemas. En Filipenses 3:2 Pablo le dijo a los Filipenses “guardaos de los perros”. Esos perros eran los judaizantes religiosos.

Quizás usted esté muy contento hoy disfrutando de la unidad divina, pero más tarde alguien puede venir a envenenarlo con dudas, rumores y otros comentarios negativos. Incluso le pueden dar literatura negativa para que la lea. Entonces, usted se preguntará: “¿Es la iglesia local así?”, y quizás comience a pensar que está en el lugar equivocado y que nació en la familia equivocada. Al aceptar esos pensamientos negativos, perderá el disfrute de la unidad. A la persona que está fuera del recobro y vino a usted, podemos llamarla un “perro callejero que ladra”.

También existen otros que no proceden de afuera, a los cuales podemos llamar “perros caseros que ladran”. Quizás uno de ellos le pregunte dónde se reúne usted y si conoce a un hermano que también se reúne allí. Cuando usted dice que sí lo conoce, él comenzará a decirle muchas cosas negativas acerca de ese hermano. Entonces, cuando usted vaya a la siguiente reunión, se sentirá apagado con sólo ver el rostro de ese hermano. Lo que usted siente y su actitud hacia ese hermano fueron afectados negativamente, y eso dañó su unidad con él.

En la actualidad, hay muchos ladridos que nos distraen de la unidad del Cuerpo de Cristo. La mayoría de estos ladridos proviene del mundo religioso. Anteriormente hemos comentado que los santos que fueron a Rusia por causa del mover del Señor, han visto que la tradición rusa Ortodoxa aún permanece allí. Algunos rusos, después de recibir al Señor, no se bautizaron argumentando que ya se habían bautizado cuando eran niños. Aunque la religión en Rusia fue suprimida por Lenin hace más de setenta años atrás, el “ladrido” de la religión tradicional aún permanece. Este ladrido puede distraer a los cristianos normales de permanecer en la unidad del Cuerpo. En nuestra trayectoria cristiana, hay muchos ladridos que nos distraen.

En ocasiones las esposas dicen cosas que distraen a sus esposos. Quizás la esposa diga: “Antes solíamos asistir a todas las reuniones, pero ahora ya no me gusta ir tanto”, y el esposo responda: “Querida, ¿cuál es la razón?”. Entonces ella le dirá que dos de los ancianos no son amables y que le disgusta verlos. Esas palabras, de una manera espontánea, secreta y oculta, afectarán al esposo. Al escucharla, el esposo se enfriará con respecto a la iglesia.

¿Cómo podemos vencer todos estos ladridos? La visión invisible que hemos visto nos guardará. Pablo le dijo al rey Agripa: “No fui desobediente a la visión celestial” (Hch. 26:19). Pablo no desobedeció la visión celestial que había recibido. La visión nos guarda y nos fortalece. Los ladridos no nos afectarán porque hemos visto algo real. Espero que todos veamos la verdadera unidad en este universo. Si recibimos dicha visión, nada nos distraerá, ni siquiera la división y la confusión que prevalecen en el cristianismo. Sólo nos interesará lo que hemos visto en dicho éxtasis. Por medio de estos mensajes, el Señor nos ha introducido en un éxtasis, donde hemos visto la unidad en la realidad. Debemos permanecer en esta unidad, porque nacimos en ella.

La unidad en la práctica

El otro aspecto de la unidad es la unidad en la práctica. Todos los creyentes en Cristo nacieron en la unidad real, pero necesitan avanzar hasta alcanzar la unidad práctica.

La unidad de la fe

La unidad en la práctica primeramente es la unidad de la fe. La fe es lo que los creyentes creen. Insistir en algo además de la fe como base para recibir a los creyentes, equivale a causar división. Las denominaciones han sido fundadas sobre algo adicional que no es la fe. La fe consiste en la verdad con respecto a la persona divina de Cristo y la obra redentora que El efectuó para salvarnos. Por ejemplo, la denominación presbiteriana está fundada sobre la práctica del presbiterio, esto es, el cuerpo de ancianos. La denominación Bautistas del Sur está fundada sobre la práctica del bautismo por inmersión. Una persona tiene que ser bautizada por los Bautistas del Sur para ser recibida en la comunión de ellos. Debido a que reciben a los creyentes basados en una práctica y no basados en la fe, esto hace que ellos causen división.

Nuestra fe se centra en una persona maravillosa, Jesucristo: El es Dios, quien se hizo hombre para ser nuestro Salvador; murió físicamente sobre la cruz y derramó Su sangre por nuestros pecados; fue sepultado tres días y resucitó física, psicológica y espiritualmente para ser el Espíritu que mora en nosotros. Creemos en Su persona y creemos en Su obra redentora, pues murió por nosotros y resucitó.

Los modernistas no creen en esto. Ellos dicen que Cristo murió en la cruz como un mártir y que Su muerte no tiene nada que ver con nuestros pecados; además, tampoco creen que Cristo resucitó. Ellos no son creyentes genuinos, pues no creen en la persona de Cristo ni en la obra redentora de Cristo, quien murió por nosotros para efectuar la redención. Nosotros, sin embargo, somos creyentes genuinos, cristianos genuinos, y ésta es nuestra fe.

No debemos contender por nada que no sea esta fe, la fe común de todos los creyentes (Tit. 1:4). Nada debe distraernos de esta fe única. La doctrina de los Presbiterianos en cuanto al presbiterio, la práctica de los Bautistas del Sur en cuanto al bautismo, los métodos de los Metodistas y las enseñanzas y prácticas del Catolicismo, son ejemplos

de las cosas que nos distraen de la fe única, lo cual trae como resultado división. Una vez que nos distraigamos, perdemos la paz de la unidad en la realidad. Sin embargo, si somos diligentes en guardar la unidad del Espíritu, evitando toda distracción, permaneceremos en el camino hasta llegar a la unidad de la fe, es decir, a la unidad en la práctica. Cuanto más crezcamos en vida, más nos aferraremos a la fe, y más desecharemos los conceptos menores e inferiores que causan división.

Debemos rechazar todas las voces que nos distraigan de la unidad del Cuerpo; en ocasiones dichas voces son intensas, y otras veces, débiles. Por ejemplo, una hermana le podría decir a alguien: “He confiado en la iglesia por veinticinco años, pero recientemente averigüé que algunos de los ancianos no son confiables, ya que mienten”. Este breve comentario es suficiente para distraer a otros y envenenarlos. Estas voces que nos distraen pueden causar que nos apartemos de la unidad en la realidad; entonces, como consecuencia, tampoco tendremos la unidad en la práctica. Debemos rechazar toda voz que nos distraiga; no debemos escuchar nada que nos distraiga. De esta manera, tendremos paz y gozo. Disfrutaremos la unidad en la realidad hasta que lleguemos a la unidad en la práctica.

Actualmente estamos rodeados de muchas divisiones. Muchas de las personas que contactamos por medio del evangelio se preguntan por qué existen tantas “iglesias” si todos creemos en el mismo Jesús. En medio de tanta división y confusión, debemos aprender a ver las cosas invisibles que están en la Palabra. La Palabra nos mostrará el camino correcto, nos asegurará en lo correcto y nos guardará en la unidad real; así, tendremos la unidad práctica. Creo que lo que se practica en el recobro del Señor es la unidad apropiada. Experimentamos tanto la unidad en la realidad como la unidad en la práctica.

La unidad del pleno conocimiento del Hijo de Dios

La unidad en la práctica no sólo es la unidad de la fe, sino también la unidad del pleno conocimiento del Hijo de Dios: la plena comprensión del Cristo ilimitado (Ef. 4:13). Actualmente no sólo existen argumentos en cuanto a la muerte de Cristo, sino también en cuanto a Su persona. Las Escrituras dicen que Jesucristo, el postrer Adán, murió en la cruz por nuestros pecados y que después resucitó. En 1 Corintios 15:45 dice que en Su resurrección, Jesús como el postrer Adán fue hecho Espíritu vivificante. Esto se revela claramente en la Biblia, pero algunos se oponen a nosotros y nos acusan de herejes por decir que Cristo es el Espíritu.

Actualmente algunos cristianos creen que los tres del Dios Triuno son tres dioses, pues creen en la enseñanza equivocada del triteísmo. El triteísmo, la enseñanza que afirma que existen tres dioses, es una herejía. Los tres de la Deidad son distintos, pero inseparables. Los tres de la Deidad moran y viven mutuamente uno en el otro; a este hecho se le llama “coinherencia”. En Juan 14 Felipe dice: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta” (v. 8). El Señor respondió: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y

no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre... Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí” (vs. 9-11). Este pasaje de la Palabra muestra que el Hijo y el Padre son inseparablemente uno. El Hijo está en el Padre, y el Padre está en el Hijo. Además, el Hijo es el Padre (Is. 9:6).

Cristo es todo-inclusivo: El es el Hijo, es el Espíritu y es el Padre; además, también es un hombre. Los argumentos existen porque algunos carecen del pleno conocimiento de Cristo. Esta es la razón por la cual Pablo dijo que necesitamos la unidad de la fe y la unidad del pleno conocimiento de Cristo. Ya que Cristo lo incluye todo, no debemos tener una mente estrecha ni una visión pobre acerca de Él.

Otros nos condenan porque hemos dicho que la experiencia que los creyentes tienen de Cristo puede diferir. Decimos esto basándonos en la tipología del Antiguo Testamento. Por ejemplo, una persona podía ofrendar un toro, mientras que otra, que era pobre, podía ofrendar una pequeña ave (Lv. 1:3, 14). Ambas ofrendas son tipos de Cristo, pero definitivamente una porción es más grande que la otra; esto significa que la experiencia que una persona tiene de Cristo puede ser de mayor grado que la de otra persona. El pleno conocimiento del Hijo de Dios es la comprensión de la revelación acerca del Hijo de Dios, la cual se da para nuestra experiencia. Todos debemos experimentar al Cristo todo-inclusivo.

Los cuatro Evangelios muestran que Cristo tiene cuatro aspectos. Juan muestra que Cristo es Dios. En el principio era el Verbo, el Verbo era Dios, y este Verbo se hizo carne (1:1, 14). Lucas muestra que Cristo es un hombre, Mateo revela que El es un rey, y Marcos muestra que El es un esclavo. Cristo lo es todo, así que debemos conocerlo plenamente. No debemos tener una mente estrecha ni ser miopes acerca de Cristo.

Cuando seamos uno en cuanto al conocimiento de Cristo, tendremos la unidad en la práctica. Si somos perfeccionados y completados con respecto a nuestro conocimiento de Cristo, mantendremos la realidad de la unidad en nuestra práctica. Pero si no practicamos la unidad debidamente, abandonaremos la unidad en la realidad. Muchos cristianos en las denominaciones han desechado la unidad en la realidad. Por la misericordia del Señor, nuestros ojos han sido abiertos para ver la unidad divina del Cuerpo de Cristo. Conocemos esta unidad —la unidad en la realidad y la unidad en la práctica— y también la practicamos.

***El proceso que nos conduce
de la unidad en la realidad
hasta la unidad en la práctica***

Nacimos en la unidad real, pero ahora necesitamos llegar hasta la unidad práctica. Hay un proceso que nos conduce de la unidad en la realidad a la unidad en la práctica (Ef. 4:12-16). Para obtener plenamente la unidad en la práctica, debemos ser perfeccionados por los dones para hacer la obra del ministerio neotestamentario a fin de edificar el Cuerpo de Cristo (v. 12). De esta manera, creceremos de la niñez hasta

llegar a ser un hombre de plena madurez, y ya no seremos sacudidos por las olas, los disturbios, ni zarandeados por todo viento de enseñanza, las doctrinas (v. 14). Para llegar a la unidad en la práctica, debemos asirnos a la verdad en amor y crecer en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo (v. 15). Gradualmente, seremos un hombre de plena madurez, con la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, el Cuerpo de Cristo (v. 13). Seremos edificados en el Cuerpo de Cristo al ser unidos por todas las coyunturas del rico suministro de Cristo, y al ser entrelazados por la función en su medida de cada miembro del Cuerpo (v. 16). Esta es la mejor manera, y la forma más efectiva, de guardar la unidad del Cuerpo (vs. 2-3).

LA DIVISION DAÑA LA UNIDAD

El apóstol Pablo habló del Cuerpo de Cristo y les advirtió a los creyentes que la división dañaba la unidad del Cuerpo. En el capítulo doce de Romanos, Pablo mencionó el Cuerpo al decir que “nosotros, siendo muchos, somos un solo Cuerpo en Cristo” (v. 5). En 1 Corintios, la siguiente epístola, abunda el disfrute de Cristo. En 1 Corintios se revelan veinte aspectos de Cristo como nuestro disfrute (véase nota 9-2 en 1 Corintios 1). Finalmente, 1 Corintios revela que este Cristo fue hecho el Espíritu vivificante; éste es el veinteavo aspecto. Los primeros diecinueve aspectos están incluidos en este último. Si El no fuera el Espíritu vivificante, nunca podría ser nuestra sabiduría, o sea, nuestra justicia, santificación y redención (v. 30). Si El no fuera el Espíritu vivificante, no podría haber entrado en nosotros y no tendría nada que ver con nuestra experiencia. Pero damos gracias que El es el Espíritu vivificante. Además, en 1 Corintios 6:17 dice: “Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con El”. Somos un espíritu con Él porque Él es el Espíritu que se mezcló con nuestro espíritu. Por lo tanto, tenemos una unión orgánica con El en nuestro espíritu.

La primera epístola a los Corintios es un libro maravilloso acerca del disfrute que tenemos de Cristo, pero también abarca el aspecto negativo, pues nos enseña cómo encarar la división, cómo tratar con ella y cómo evitarla. Efesios nos enseña sobre la unidad principalmente en el aspecto positivo, mientras que 1 Corintios nos enseña acerca de la unidad principalmente en el aspecto negativo.

Había divisiones entre los corintios

En 1 Corintios 1:10 dice que había divisiones entre los corintios. Ellos no hablaban una misma cosa. Igualmente, si todos hablamos cosas diferentes, habrá divisiones entre nosotros. Además, los corintios no estaban perfectamente unidos en un mismo sentir ni en un mismo parecer; podemos comparar esto con el ejemplo de afinar un piano. El piano no tendrá un sonido armonioso si no está afinado. Podemos compararnos con un piano, donde la mente es una nota, la parte emotiva es otra nota, la voluntad es aún otra y la conciencia otra más. Si no tenemos un mismo sentir, es decir, si no estamos afinados en una misma mente y en una misma opinión, no emitiremos notas

armoniosas cuando Jesús venga a “tocarnos”. Debido a que nuestro sonido no es armonioso, necesitamos que el Cristo celestial nos afine.

No habrá armonía si un hermano se enoja con su esposa o si la esposa discute con su marido. Por lo tanto, es necesario que el Señor nos afine. El desea afinar nuestra mente y nuestra parte emotiva. Nuestra parte emotiva debe ser afinada, porque somos rudos en nuestros sentimientos. Además, nuestra voluntad es muy obstinada. Una vez que hemos decidido algo, nadie puede cambiarnos. Por eso el Señor tiene que afinar nuestra voluntad, para hacerla dócil y flexible. Creo que muchos de nosotros hemos experimentado esto; puedo testificar que a menudo he sido afinado. Es menester que todos seamos afinados a fin de tener un mismo sentir y un mismo parecer; entonces seremos como un piano de cola que armoniosamente emite música agradable.

La situación en Corinto no era así, pues allí había celos y contiendas entre los santos (1 Co. 1:11; 3:3). En la vida de iglesia, es posible que algunas de las hermanas jóvenes estén celosas unas de otras. Cuando oran, hablan la palabra o profetizan en las reuniones, ellas compiten para ver quien recibe más “amenas”. Por ejemplo, si muchos dicen “amén” cuando una hermana habla, pero pocos dicen “amén” cuando otra hermana habla, entonces la hermana que no recibió muchos “amenas” se ofende; éstos son celos. Algunos no dicen nada a menos que tengan la certeza de que habrá muchos “amenas” por parte de los santos. Si no tienen dicha seguridad, prefieren estar callados. Esto muestra que fácilmente hay celos y contiendas en la iglesia.

Los corintios también hicieron partidos, diciendo: “Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo” (1 Co. 1:12). Los partidos son divisiones. En nuestra iglesia local quizás haya cuatro o cinco oradores que ministran la Palabra. Cuando asistimos a una reunión del ministerio, tal vez preguntemos quién hablará. Si cierto hermano habla, no asistimos a la reunión, pero si habla otro, sí vamos. Conforme a nuestro sentir, este hermano es maravilloso y somos partidarios “de él”; eso es hacer un partido. Quizás pensemos que simplemente hemos decidido escuchar a un buen orador en vez de oír a uno malo; sin embargo, eso es hacer partidos. Debemos aprender a evitar todo lo que cause división. Esta clase de divisiones se hallaban presentes en Corinto.

Tales divisiones fueron condenadas por la enseñanza del apóstol

Tales divisiones fueron condenadas por la enseñanza del apóstol. Pablo dijo que los que hacían divisiones eran carnales y andaban según lo humano (1 Co. 3:3-4). En 1 Corintios 1:13 Pablo dice: “¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” La respuesta a todas estas preguntas es “no”. Obviamente, Cristo no está dividido. Debemos tomar a este Cristo, que es único y que no puede ser dividido, como el centro único de todos los creyentes; esto dará fin a todas las divisiones.

Los corintios también estaban hinchados de orgullo, favoreciendo al uno contra el otro (1 Co. 4:6). Pablo y Apolo eran simplemente ministros de Cristo, y no debían ser tenidos en más alta estima. De lo contrario, aquellos que los estimaban, así como los corintios carnales, podrían hincharse de orgullo favoreciendo a uno más que el otro. Cuando decimos que un hermano es mejor que otro, esto puede crear división.

***Estas personas que causaban división
se congregaban
a tomar la mesa del Señor
no para lo mejor (no para provecho),
sino para lo peor (para pérdida)***

Cuando las personas facciosas se reúnen a tomar la mesa del Señor, no es para lo mejor, para provecho, sino para lo peor, para pérdida (1 Co. 11:17). La manera en que asistimos a la mesa del Señor es muy importante. Debemos tener la certeza de no albergar pensamientos facciosos contra los santos ni tampoco juzgarlos. Si venimos a la mesa del Señor de una forma facciosa, sufriremos pérdida.

Los que participan de la mesa indignamente, no discernen que el pan es símbolo del cuerpo físico del Señor, lo cual ellos debían valorar. Además, debemos discernir que el pan sobre la mesa también es símbolo del Cuerpo místico del Señor, lo cual requiere que guardemos la unidad de dicho Cuerpo. Las denominaciones tienen su propia comunión, su propia mesa con su pan. Pero el pan de ellos no representa a todo el Cuerpo, sino sólo a una parte del Cuerpo. Puesto que ese pan representa una división, no podemos participar de él.

Cuando participamos de la mesa del Señor, debemos discernir si el pan que está sobre la mesa representa el Cuerpo único de Cristo o una división humana (una denominación). Al discernir el Cuerpo de Cristo, no debemos participar del pan en ninguna división ni con un espíritu faccioso. De lo contrario, comeremos juicio para nosotros mismos (1 Co. 11:29). Pablo dijo que por esa razón muchos de entre los corintios estaban débiles y enfermos físicamente, y muchos de entre ellos dormían (v. 30). Aquí, la palabra *dormir* significa que habían muerto (1 Ts. 4:13-16). El Señor primeramente los disciplinó, de modo que se debilitaron físicamente; luego, como no se arrepintieron de su ofensa, recibieron más disciplina y cayeron enfermos; finalmente, debido a que aún no se arrepentían, el Señor los juzgó por medio de la muerte. Esto indica que debemos tener cuidado en la manera que venimos a la mesa del Señor. Al venir a la mesa, debemos discernir el pan, el cual, primeramente, representa el cuerpo físico que Cristo dio por nosotros en la cruz. No debemos considerar este pan de una manera común. Además, también debemos comprender que dicho pan representa el Cuerpo místico de Cristo, el cual incluye a todos los creyentes del universo. No debemos participar de un pan de división, sino únicamente del pan de unidad. Si participamos del pan de división, lo comeremos para nuestro propio juicio, para nuestra condenación.

***Los partidos manifiestan
a los que son aprobados
en la vida de iglesia***

Los partidos manifiestan a los que son aprobados en la vida de iglesia (1 Co. 11:19). En la iglesia, la finalidad de los partidos está en que manifiestan a los que son aprobados, a los que no causan división. Debemos ser aquellos que son aprobados por Dios; si somos aprobados, no causaremos división.

***Tener la misma solicitud por todos los miembros,
para que no haya división en el Cuerpo***

Debemos tener la misma solicitud por todos los miembros, para que no haya división en el Cuerpo (1 Co. 12:25). Filipenses 2:2 nos exhorta a que tengamos el mismo amor para con todos los santos. Es posible amarnos unos a otros con diferentes niveles de amor. Quizás amemos a un hermano más y a otro, menos. En otras palabras, amar a unos hermanos más que a otros causa división.

En la vida de iglesia, quizás amemos a los miembros más notables y destacados, y despreciemos a los demás. Sin embargo, debemos brindar el mismo cuidado a todos los distintos miembros, pues de lo contrario, causaremos división. En 1 Corintios 12 dice que los miembros del Cuerpo que nos parecen menos honrosos, a éstos debemos vestirlos con mayor honra. Si un miembro del Cuerpo no es tan decoroso, debemos conferirle más honor a fin de hacerlo más decoroso (vs. 23-24). Esto pone en equilibrio el amor y el honor dado en el Cuerpo, a fin de que no haya divisiones. Debemos amar a todos al mismo nivel, procurando a toda costa que no haya división.

***No existe base, razón, excusa, justificación
ni vindicación para ninguna clase de división***

No existe base, razón, excusa, justificación ni vindicación para ninguna clase de división. No importa cuál sea la razón para causar divisiones, a los ojos de Dios esa razón no es válida. Si pensamos que algo está mal en los ancianos o en los santos, no debemos chismear acerca de ello. Más bien, debemos siempre ir al Señor. Si lo hacemos, El nos dará el sentir de orar por ellos. Si hay algo que no está bien, debemos decírselo al Señor Jesús; El es el único capaz de sanar la situación. También debemos examinarnos a nosotros mismos para ver si somos mejores que ellos o no. ¿Somos mejores que los ancianos a quienes criticamos? Si entramos a la presencia del Señor, nos daremos cuenta de que somos peores. El Señor nos ayudará a comprender que debemos ser corregidos en muchas áreas. Esta es la manera de guardar la unidad.

***Recordemos siempre:
No existe ningún pretexto válido para que
los miembros del Cuerpo de Cristo se dividan***

Debemos recordar siempre que no existe ningún pretexto válido para que los miembros del Cuerpo de Cristo se dividan. En otras palabras, ninguna división es válida y ninguna división es justificada, no importa cuánta razón tengamos.

***Todos los problemas pueden solucionarse
y deben resolverse mediante la debida comunión,
orando juntos sincera y detalladamente***

Todos los problemas pueden solucionarse y deben resolverse mediante la debida comunión, orando juntos sincera y detalladamente. La comunión resuelve cualquier pregunta o problema. Hechos 15 presenta cómo el problema sobre la circuncisión llegó de Jerusalén hasta Antioquía, lo cual despertó un gran disturbio en la iglesia que estaba en Antioquía. Sin embargo, Pablo y Bernabé no dijeron: “Esto proviene de Jerusalén; así que, dejemos que Jerusalén se encargue de ello. Les diremos a estas personas que regresen allá. Antioquía es nuestro territorio; ésta es nuestra jurisdicción”. Esa no sería la manera correcta de solucionar este problema; más bien, Pablo y Bernabé fueron de Antioquía a Jerusalén para tener comunión con los apóstoles y los ancianos de allá (vs. 1-2). Ellos se reunieron para tener una comunión detallada. Por medio de esta debida comunión específica, el Espíritu los guió a una conclusión, y de esta manera resolvieron el problema.

Hoy debemos hacer lo mismo; sin embargo, los disidentes entre nosotros no tomaron este camino. En años recientes ha habido varios disturbios entre nosotros. Cuando los disidentes vinieron a hablar conmigo, se hizo la propuesta de que se invitara a todos los colaboradores y ancianos del globo. Se tomó el acuerdo de reunirnos para orar detalladamente; luego, estudiaríamos la Palabra santa y tendríamos comunión acerca de las preocupaciones de ellos. Me dijeron que se pondrían de acuerdo con respecto a la fecha más propicia para reunirnos y me lo comunicarían. Sin embargo, esto nunca ocurrió, lo cual significa que rechazaron la manera adecuada de tener comunión. Hasta ahora, ninguno de ellos ha venido a mí con un espíritu dispuesto a tener comunión para hablar acerca de sus problemas. Todos debemos aprender que, si vemos algo que no podemos tolerar, lo mejor es tener comunión con los que están involucrados y con algunos que tengan más experiencia. Si oramos juntos escudriñando la Palabra, seguramente podremos resolver cualquier problema.

Si nos aferramos a la fe, la cual es única, no debería haber problemas entre nosotros que no puedan resolverse. Ciertamente todos creemos que Dios es triuno y que la Biblia es la Palabra de Dios. También creemos que Cristo es Dios, quien se hizo hombre para ser nuestro Salvador. El murió en la cruz por nuestros pecados, y resucitó física, psicológica y espiritualmente. Hoy, El es nuestro Salvador y nuestra vida, y nosotros somos hijos del Dios Triuno. Con tal que creamos en los contenidos de la fe,

no debemos contender por nada más. No necesitamos discutir unos con otros, sino que debemos tener comunión orando juntos.

Ninguno de nosotros debe discutir sobre la práctica de la nueva manera y la vieja manera, porque éstas no forman parte de nuestra fe. Ciertamente no hay nada malo en predicar el evangelio visitando a las personas y relacionándonos con ellas. No es necesario salir a tocar puertas para predicar el evangelio, pues podemos “tocar puertas” llamándoles por teléfono, escribiéndoles cartas, enviándoles panfletos y teniendo contacto con ellas de diversas formas. A fin de guardar la unidad, debemos permanecer en nuestro espíritu para mantenernos en comunión con el Señor. Entonces, si surgen problemas, podemos tener comunión con aquellos que han sido afectados. Basados en nuestra comunión con el Señor, con mucha oración, podremos resolverlo todo.

Con un espíritu abierto, un corazón puro, una mente humilde y una actitud de mansedumbre, debemos buscar la solución que proviene del Señor (Ef. 4:2). No debemos ser orgullosos. Además, también debemos tener comunión conforme a la enseñanza de las Escrituras debidamente interpretadas, sin aplicarlas fuera de contexto. Algunos justifican sus acciones reclamando que éstas se conforman a las Escrituras. Sin embargo, “se conforman a las Escrituras” según su propia interpretación equivocada, tergiversando la Palabra y aplicando versículos fuera de contexto.

Nuestra comunión para resolver problemas debe efectuarse sin interponer intereses personales. Todo debe hacerse para la gloria del Señor y para el beneficio de Su recobro. Para resolver cualquier problema en comunión, no se deben formar partidos ni divisiones, los cuales surgen de una actitud de parcialidad, amenazas y provocaciones. Si practicamos esto, con seguridad resolveremos todos los problemas mediante la comunión. Este es el mejor remedio para sanar cualquier enfermedad de división.

Cómo tratar con los miembros que causan división

Quizás haya algunos miembros entre nosotros que causan división. Pablo se refirió a ellos en Romanos 16:17, al decir: “Ahora bien, os exhorto, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la enseñanza que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos”. Algunos deliberadamente causan divisiones, y por eso, debemos apartarnos de estas personas. Tito 3:10 dice que debemos rechazar a los miembros facciosos y sectarios. Algunos miembros son muy facciosos, muy sectarios, y su propósito al relacionarse con otros es causar división. Actualmente, hay algunos que permanecen entre nosotros con la única intención de esparcir veneno. Sin duda, ellos causan división, y son facciosos y sectarios. Debido a eso, debemos apartarnos de ellos. Si permanecen facciosos después de una y otra amonestación, debemos desecharlos.

Esto se conforma a la práctica de la cuarentena de los leprosos en la tipología del Antiguo Testamento (Lv. 13:45-46; Nm. 12:10-15). Cuando Miriam, la hermana de Moisés, se rebeló, fue castigada por Dios con lepra y fue puesta en cuarentena. Ser puesto en cuarentena equivale a ser puesto a un lado por un tiempo, para el provecho de toda la congregación. Esto se debe a que ciertas enfermedades son muy contagiosas. Si una persona tiene una enfermedad contagiosa, se le pone en cuarentena y es separada aun de los miembros de su familia hasta que se sane. Esto protege a toda la familia, y las Escrituras nos mandan a que hagamos lo mismo. Todo aquel que esté enfermo espiritualmente, que padezca la enfermedad de la división, habiendo llegado a ser una persona que causa divisiones, debe ser puesto en cuarentena. La división es muy contagiosa; por lo tanto, la iglesia tiene que aprender a poner en cuarentena a las personas que causan división. Conforme a la enseñanza de los apóstoles, debemos apartarnos de ellos o rechazarlos. Esto protege a toda la iglesia para que ella sea guardada.

Espero que el Espíritu Santo continúe hablándonos mediante esta comunión. Si tomamos el tiempo para orar sobre esto, obtendremos más luz. Todas las iglesias locales deben ser guardadas en la unidad del Cuerpo de Cristo. Los siete candeleros revelados en Apocalipsis, que representan las siete iglesias locales, son idénticos (1:12). Todos ellos son uno en el Dios Triuno. Debemos ser diligentes en guardar la unidad del Cuerpo de Cristo, para que el Señor pueda cumplir Su propósito divino conforme a Su economía divina.